José Consuegra Higgins

Las sorpresas del tiempo

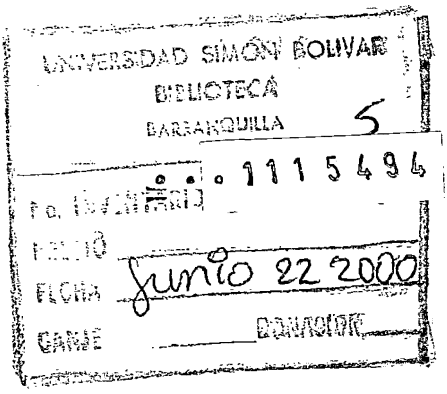
UNIVERSIDAD SIMON BOLIVAR
BIBLIOTECA
BARRANQUILLA

José Consuegra Higgins

UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR
BIBLIOTECA
BARRANQUILLA

Las sorpresas del tiempo

grijalbo



Cáratula e Ilustraciones:
Ignacio Consuegra Bolívar

Primera edición: Julio de 1993

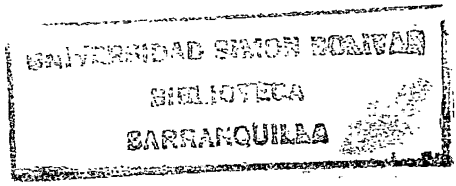
© 1993 José Consuegra Higgins
© 1993 EDITORIAL GRIJALBO S. A.
Santafé de Bogotá, D.C., Colombia.
Calle 64 No. 88 A 06 interior 1-2

ISBN: 958-639-090-X

Preparación editorial: DIVULGAR EDITORES LTDA.

Impreso por: PANAMERICANA Formas e Impresos S.A.

Impreso en Colombia **Printed in Colombia**



Contenido

RECONOCIMIENTO 11

PROLOGO 13

PRIMERO FUE EL MAR 23
Habitante de frontera. El Caribe en plenitud. El canto de los pájaros. Los amores de Príncipe y Lisandra. Diálogos con Juaruquito.

VOLVER A POPAYAN 37
Universidad y ciudad, una misma cosa. Un paisaje añejo detenido. Marxistas cargando el paso.

BOGOTA, CARTAGENA, AMIGOS Y DESARROLLO INDOAMERICANO 43
La ciudad ayer y hoy. Si supiera ese amigo inglés. Las especializaciones profesionales y la dependencia intelectual. Visita a Cuba. Los manuales extranjeros.

RECUERDOS DE LA U.R.S.S. 55
Nos duele el socialismo. Japón ganó la guerra. La Rusia de ayer y de hoy. Najodka y Alma Ata. La legendaria Siberia. De comunista a embajador capitalista. Regreso a la desigualdad y la miseria del pueblo. Los efectos del centralismo.

LA CASA DE LA CULTURA 77
Incunables y ediciones príncipes. Mil quinientos libros sobre Simón Bolívar. Guillén y Artel juegan Tingo Tengo. Hitler, no.

DE BAGDAD A ATENAS 81
Las noches del Tigris. Los tiempos heroicos de la reconquista de los recursos minerales y del petróleo. ¿Qué queda del París del Oriente? ¡Cuidado con los turcos! En la Academia de Platón en guayabera. Erudito, no; subdesarrollado.

LOS PUEBLOS PIENSAN CON NOBLEZA 91
Las riquezas expoliadas del Chocó. Miseria y bomba atómica.

LA DEFENSA DE LOS RECURSOS NATURALES 93
La primera organización creada para defender los recursos naturales y la ecología. Homenaje a sus fundadores.

EL CHILE DE ALLENDE 97
El socialismo democrático. Diálogos con *La Hormiguita* y los Lipschutz. Versos de amor de Neruda y Meira Delmar. ¿Por qué no registran? La conspiración de las multinacionales.

ILUSIONES Y ENTREGAS 107
Comprar en Lima y cambiar en Santiago. De la estrategia Cepalina al librecambio. Sigo comprando *la bonita* de Corona.

ASI ES SU UNIVERSO 113
Nueva York está *prendío*. No me dejan entrar a mi casa. El hombre propone y la mujer dispone.

LA TIA PACHA 119
Los 120 hijos del abuelo. En vez de maná una cerveza fría. Este no es el muerto. Horóscopos y sonrisas. Sólo partiéndome el corazón me callarán.

EL QUEHACER POLITICO 129
Defensa de la política. La decadencia moral. He sufrido la pena de los magnicidios. Sin miedo por las calles frías. ¡Gracias, profesor! Del Rudolf Hommes proteccionista al Rudolf Hommes librecambista. Los efectos del neoliberalismo. La corrupción en el mundo. ¿Para qué la ostentación? Las ocurrencias de don Ignacio impartiendo justicia en la alcaldía. Con un caballo y dos metros de tierra es suficiente. Déjame con los sancochos. Vuelva dentro de veinte años al duelo.

LA UNIVERSIDAD 157
El magisterio como entrega y goce. Los profesores nikiteres. La primera sociedad de economistas. La Academia de Ciencias Económicas. Nómbrelo y después hablamos. Cómo se reprime la Universidad. Aquí le traigo a mi hijo para

que lo eduque. La democratización de la Universidad. Criterios doctrinarios sobre la Universidad. La erudición y la cultura. Los 20 años de la Universidad Simón Bolívar. Publicación de libros. La colección Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina. Sueños frustrados.

RECUERDOS DE CIUDADES 201
Los techos de París. En los árboles sí suben y bajan los ascensores. Café de Colombia. De los Angeles a San Francisco. El Miami de ayer y hoy. Yo también viví en la Casa Blanca. Broadway un Boliche iluminado. La tranquilidad de Washington. Armonía racial en el infortunio. Roma y la cuota latina. ¡Avanti! El Salto del Cabrón en versión de rebusque. Sí, Madrid es esplendorosa, pero yo quiero volver a Ciénaga. Arequipa no es Lima: aquí si llueve de verdad. Rosita Ríos y el buen sabor. Maracaibo una ciudad fría. Las casas enjauladas. La barra del Che. Los barrios cerrados de Bogotá. Corrientes 348. Una tarde en La Bombonera. Se acaban los cines y Lavalle pierde vigor.

LA PLANEACION 239
El viejo muelle porteño. La planeación centralizada. Quince casas para un pueblo sin casas. Becarios y turistas. Defiéndame usted. Miles de millones, pero no hay para el taxi. Recorriendo el Chocó. Planeación y librecambio. Nuevas sorpresas.

NOMBRES DE PERSONAS MENCIONADAS ... 263

UNIVERSIDAD SIMON BOLIVAR
BIBLIOTECA
BARRANQUILLA

Las sorpresas del tiempo

El escribir estos recuerdos ante todo ha sido un motivo para dialogar con amigos. De ellos he recibido la observación complementaria y la enmienda oportuna. Pero, también, y muy especialmente, la grata oportunidad de conversar sobre hechos del ayer que perduran en la memoria. Mis reconocimientos, pues, por haber leído los originales, al gramático Elías Muvdi, a la poetisa Meira Delmar al poeta Jorge Artel, al escritor David Sánchez Juliao, a los profesores Luis Felipe Palencia, Rafael Ortegón Páez y Ramón Molinares, y al historiador Juan Pablo Llinás.

Estas notas escritas de prisa carecen del rigor propio del análisis de los textos de historia. Su validez podría deducirse del testimonio y la fidelidad a costumbres e idearios que en el ayer y el presente fueron y son incentivos de la existencia.

J.C.H.

Prólogo

Estimado José:

Con la satisfacción de siempre he leído y releído las páginas de tu nuevo libro sobre nuevos recuerdos y vivencias. No me ha sorprendido hallar en él ese fluido amable que distingue tu prosa dándole un lugar especial entre la de aquellos escritores que no cultivan su ***veneno.*** *A este respecto, generalmente te recreas en señalar el brazo que te hirió, sin detenerte ni saciarte en emplear palabras o párrafos aludiendo a tal o cual incidente de tu vida. Ya hiciste de esta manera de pensar y de escribir tu propio estilo, hasta el punto de que se podría decir entre nosotros: "Hagámoslo a la manera de José Consuegra". Es muy gracioso, y a la postre resulta divertido, evocar "tragos amargos", injustos las más de las veces, cuya alusión más tarde resulta un entretenido divertimiento.*

Se necesita cierta dosis de "crueldad", bien dominada, para referirse a pasajes, que en su

momento fueron importantes, para darles, pasado un tiempo, significación apenas relativa. Hay quienes no poseen esta habilidad.

Necesario es tener en cuenta, sin embargo, que se requiere principalmente ser un triunfador, como en tu caso personal, que siempre has salido sano y salvo en tus luchas con la "adversidad".

Hay, amigo José Consuegra Higgins, en tus ***Sorpresas del Tiempo,*** *toda una gama de pasajes inquietantes, que constituyen una lección de fondo para el político "serio" que dispone en su haber de un rasgo inolvidable, de esos que hacen más grata la vida. Todos hemos asistido al sancocho de gallina robada, a media noche; todos saboreamos una vez el trago fiado, que resultó más sabroso al compás de los bordoneos inolvidables.*

Este libro tuyo, escrito con la sinceridad y el pulso de siempre, está entre las obras que se untan de cierta universalidad, si tenemos en cuenta aquel principio filosófico de que lo local es en sí universal, ampliamente discutido y aceptado en el mundo literario y estético. Por otra parte, nos demuestra lo que pueden la fe, el apoyo del hombre en el hombre, en la fuerza de los ideales humanos.

No todos tenemos la gracia y el valor de recu-

UNIVERSIDAD SIMON BOLIVAR
BIBLIOTECA
BARRANQUILLA

rrir a nuestras propias ocurrencias de la juventud para ponerle un poco de color a las añoranzas de la bohemia. No es exiguo el goce que proporciona acordarse de los compañeros de redacción, al salir por la madrugada del matinal donde trabajábamos, cuando íbamos por las panaderías, por los cafés, poniendo el célebre "conejo".

Una vez cierto poeta negro firmó a un conductor de camión, en carnavales, un vale por Alberto Lleras Camargo, lo cual hizo decir a éste cuando lo pagó: "¡Caray... esta es la magia de los carnavales, que vuelve lo blanco negro!".

Me han conmovido las referencias a Gerardo Molina, Darío Samper y Antonio García, mis condiscípulos y amigos, sobre todo la de este último, quien como Rector de la Universidad Nacional, extendiera su sombra munífica hasta la Universidad de Antioquia, donde yo era profesor.

Mi cariño por él se emocionó al escuchar al profesor Luis González, de Panamá, refiriéndose a un curso que aquel dictara en la Universidad del Ecuador, a la cual asistió González: "... ese tipo es un sabio... Ustedes los colombianos deben estar orgullosos de él. No saben lo que tienen...".

* * *

José:

En muchos libros publicados bajo el patrocinio de nuestra Universidad Simón Bolívar, tú has hecho del diálogo una especie de estilo particular en los prólogos y presentaciones que les escribes. Incluso en algunos, como fue el caso del prólogo escrito para el libro "Piar, Petión y Padilla, tres mulatos de la Revolución", del gran Juan Zapata Olivella, llegas a mantener polémica acalorada.

Como tengo a la mano algunos conceptos emitidos por amigos que, como yo, han leído tus originales, se me ocurre sentarlos imaginariamente a mi lado, para intentar uno de esos diálogos inolvidables del ayer, que ahora las distancias físicas de las ciudades grandes y los achaques de la ***vejentud,*** *como suele decirse, casi no nos dejan gozar.*

ARTEL. Yo no creo mucho del todo en e "clientelismo" como causa de nuestra corrupción política, ni en tales o cuales fallas de las clases dirigentes, como causa de la desfiguración histórica de los pueblos. Para mí el desajuste, la desarmonía fundamental de la humanidad consiste principalmente en su mestizaje, en las mezclas de razas que las distinguen desde los comienzos de la desorganización del mundo. No estoy de acuerdo, nunca lo he estado, con aquello que dice Consuegra de que los "tiempos cam-

bian y las costumbres también". En esencia somos políticamente, socialmente, los mismos de siempre. En mi modesto concepto las causas originarias de las deformaciones en el pensamiento y las abruptas irregularidades de nuestra conducta, residen en los notables cambios y confusiones que constantemente alteran la conducta humana.

CARLOS CALDERON MOSQUERA. No te olvides, poeta y amigo, que sobre nosotros -e incluyo a José Consuegra y a tí- sigue pesando la formación ideológica de nuestros maestros, esos mismos que tú tanto admiras y que fueron tus condiscípulos, además de las lecturas de tantos años, iniciadas en la juventud, que moldearon la manera de pensar. Esos profesores nos inclinaron por el estudio de la dialéctica y sus principios sencillos y enfáticos expuestos por Heráclito, Hegel, Marx, Engels. ¿Recuerdas?: "Nadie se baña dos veces en el mismo río". "Las cosas son y no son a la vez". "Todo cambia..." "El hombre piensa como vive; no vive como piensa", etc. Naturalmente, en el lado opuesto, y con anterioridad, en la enseñanza religiosa recibida en el bachillerato, habíamos aprendido las palabras, si mal no recuerdo, del rey Salomón: "Nada nuevo hay bajo el sol". Claro está que los valores morales y la educación recibida suelen extenderse en el tiempo.

ARTEL. Sin embargo, un breve repaso a la

historia nos convencerá de que desde los pueblos más antiguos la ambición del hombre enfrenta las conveniencias sociales y políticas del mismo ser humano. La pugna por el poder no es sino un trasunto de nuestro propio temperamento, una de las causas endógenas que nos caracterizan. Sería largo e innumerable puntualizar la lucha de los emperadores, la controvesia entre los pueblos, etc. etc.

RAMON MOLINARES. Pienso que están ustedes entrando en los campos de la ciencia social, y eso sería cuento de nunca acabar. Más bien limitémonos al aspecto literario, ya que tenemos la oportunidad de encontrarnos con el Consuegra literato. Traigo a la memoria "Del Recuerdo a la Semblanza", y ahora leo "Las Sorpresas del Tiempo", para poder decir que la refinada sensibilidad artística del autor, dominada durante mucho tiempo por el imperio de la razón, hasta cierto punto reprimida por el rigor científico que exigen los análisis económicos e históricos, se nos presenta ahora fluyendo bajo la forma de una prosa cristalina, brotando a torrentes. El que antes se proponía la formulación de nuevos conceptos sobre las ciencias sociales, tiene ahora a la belleza ocupando el espacio entero de su alma. Ojalá se nos ancle ahí...

ARTEL. Por lo menos José trabaja en los dos campos. Porque recuerdo que el tantas veces mencionado y no muchas menos admirado An-

tonio García, primero fue cuentista y poeta, y después escritor científico.

CALDERON MOSQUERA. No son incompatibles los oficios. Se que nuestro amigo José Consuegra trabaja ahora también en la reaparición de la Revista Desarrollo Indoamericano y en la revisión del texto de Economía Política para una nueva edición. Y a propósito de Desarrollo Indoamericano, recuerdo que una tarde en Cartagena, a finales de 1965, en el hotel donde nos hospedábamos, tomó una hoja de papel y diseñó como sería la Revista, publicación donde escriben los más reconocidos científicos sociales de América Latina.

JUAN PABLO LLINAS. Bueno, yo soy historiador, y de una sentada leí las cuartillas (literatura y memorias) de José. Son notas gratas, gratísimas, escritas en forma coloquial, casi de conversación. El alcalde, personaje favorito del autor, es hombre que se tiene en pié. Posee derechura y nobleza. Es un hilo conductor que puede enhebrar toda una tradición. Así éramos antes. Así recuerdo a mi padre. Gente toda salida de nuestro eclesiastés. La muerte de la tía Pacha es hermosa crónica escrita en idioma noble, fresco y puro de excepcional belleza.

DAVID SANCHEZ JULIAO. Comparto la opinión del historiador Llinás. De todas las historias contenidas, "La Tía Pacha" me ha apasio-

nado. Acá, con el respaldo estimulante de la lejanía, esta noche en Nueva Delhi aprecio su particular manera de vivir. Mañana se la entregaré al doctor Susnigdha Dey, Rector de la Universidad de la India, para versiones en inglés e hindi, tal como hizo con "Mi aldea ayer y hoy", del libro anterior, "Del Recuerdo a la Semblanza".

GASTON PARRA LUZARDO. Sobre este asunto de José Consuegra Higgins, economista y literato,déjenme contar una anécdota: Estaba yo de Vice-Rector de la Universidad del Zulia y aspiraba a que mi hija Isabel María estudiara economía, que es mi profesión y la de mis amigos en América Latina. Para eso tenía el cuidado de hablarle de los libros de mis amigos, entre ellos los de José, algunos de los cuales, como el de la Teoría de la Inflación, fueron editados por el Centro de Estudios Latinoamericanos, ahora bajo mi dirección. Pero un día llegó a la casa ***Del Recuerdo a la Semblanza,*** *e Isabel María, impresionada por el título y la portada de Ignacio, inició su lectura. Tanto le gustó la hermosura y sencillez del relato que despertó su genuina vocación y ahora está estudiando letras y comienza a escribir los primeros cuentos. Sin embargo, opino que no debemos hacer separaciones en las* ***Sorpresas del Tiempo.*** *Porque al lado de la narración está el enjuiciamiento a la estrategia neoliberal y el argumento económico comprometido con el destino de nuestros pueblos. Hasta podría decir que Consuegra se vale*

de la literatura y de los recuerdos para afirmarse, y seguir divulgando, sus tesis económicas.

* * *

No quisiera, estimado José, cerrar este breve glosario al valioso aporte de tu libro, sin referirme a la encarnación del apego hogareño que ha lugar en la figura de la "tía Carmen", algo muy valioso para mí, quien tuvo una "tía Carmen" inolvidable, parte integrante de mi formación moral.

Recibe un abrazo fraternal de,

JORGE ARTEL
Malambo, junio de 1993

UNIVERSIDAD SIMON BOLIVAR
BIBLIOTECA
BARRANQUILLA

Primero fue el mar

Una de estas tardes frescas de verano recibí la visita del Cónsul de Venezuela, Edvin José Chiriquez. Vino en compañía de un periodista caraqueño, compañero de trabajo, en el Palacio de Miraflores, de mi tocayo José Consuegra C.

Desde la terraza de mi casa miran el Caribe. Está en todo su esplendor, sereno y verdi-azul. Como se inicia enero, comienzan a pasar las bandadas de pájaros migratorios. Las más vistosas, tan cerca de nosotros que se escucha el aleteo de su vuelo: son de alcatraces en su formación en V. El cielo está espléndido, apenas con nubecitas lejanas. Eso permite el crepúsculo encendido y la plena redondez del sol.

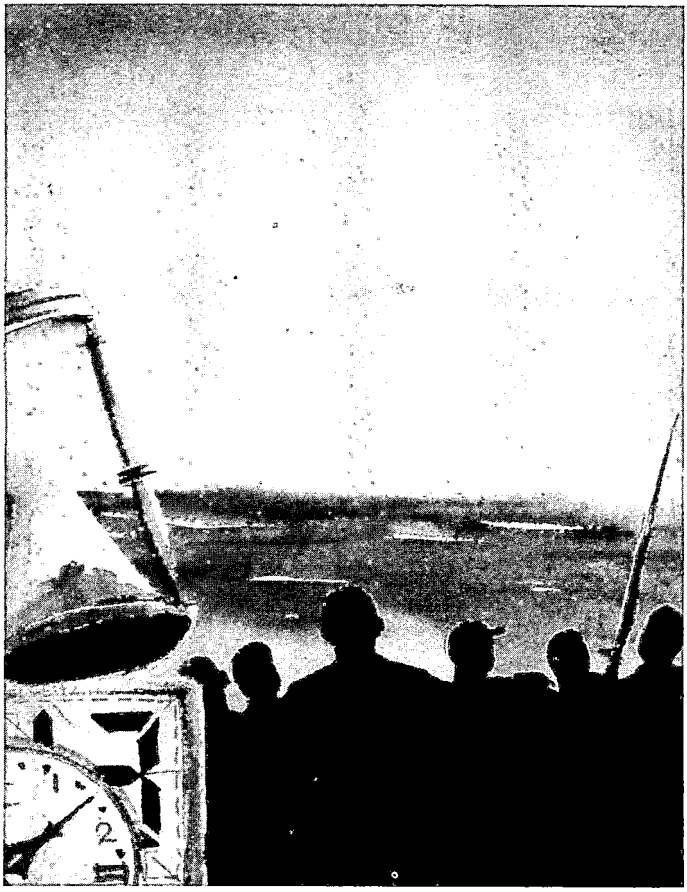
Después de un rato el periodista me pregunta: ¿Qué siente usted todos los días

cuando mira desde aquí el atardecer? ¿Se cree dueño del mundo?

Le cuento muchas cosas sobre esa sensación de placidez y éxtasis. En otra ocasión una señora, gratamente impresionada, exclamó: -Con razón usted puede darse el lujo de escribir. Ahora comprendo...

Y no hubo argumento que valiera. Le dije que cuando escribía no miraba paisajes. Era mi mundo, casi siempre con recuerdos endulzados. Pero insistió, y a lo mejor tenía razón. Porque la realidad supera todo lo imaginado. Y la imaginación, en una u otra forma, mantiene el tinte de lo visto o vivido.

Me hace gracia la opinión del amigo, y me incita a meditar. Yo no me creo dueño del mundo, pero sí bien situado para imaginar su grandeza. Soy un habitante de la frontera, aunque nadie lo sospecha. Y de la más espléndida: a la orilla del Caribe presiento la presencia extendida en el lomo de las olas de todo lo que está en el norte. Además, distinto de los límites terrestres que aprisionan y discriminan, acá no hay raya ni nada que impida introducirse con la mirada hasta el confín. Por eso puedo darme el lujo de señalar, con la ayuda del dedo, donde están muchas ciudades y na-



ciones. Una noche pasada compartía esta terraza con amigos cubanos, entre ellos una señora con ingenuidad de niña. Pasaba un barco muy lejos con luces apenas perceptibles. Entonces le dije a ella que allí estaba La Habana. La añoranza era tanta que hizo milagros. Porque ella llegó a pensar que distinguía el resplandor del Malecón. La verdad es que el camino celeste a ciertos sitios se conoce bien. En las noches mis nietos y sus amiguitos están pendientes de los puntos de luces de los aviones que vienen, a su hora exacta, de Nueva York y Miami. Yo les cuento las picardías de Tío Conejo, siempre dispuesto a burlarse de las persecuciones poco amistosas de Tío Tigre. Sin embargo, cuando miran las estrellas, algunos de ellos prefieren descubrir las naves espaciales de otros planetas. Porque, en verdad, no hay nada por delante que restrinja la ficción o el ensueño. Las fronteras terrestres son insólitas y deprimen. Por lo regular en ellas hay ríos y puentes que cumplen misiones distintas de las naturalmente supuestas. Los ríos son símbolos de movimiento eterno. Nada los detiene. Ni siquiera el mar, porque ya en su seno, siguen el peregrinaje en las corrientes oceánicas. Los puentes, a su vez, se construyen para facilitar el tráfico o rebasar obstáculos. En las fronteras los ríos y los puentes son mamparas que se

paran los pueblos. En la mitad de esos puentes están las rayas que interrumpen bajo la vigilia de fusiles. Tal vez por eso las aves peregrinas siguen la ruta del mar y sus orillas. Ellas saben que la tierra es una y les pertenece, aunque el hombre, que se cree más inteligente, la estrecha y encasilla.

Mis amigos admiran el mar porque vienen de las llanuras y cordilleras. Pero yo le saco provecho a dos paisajes. Estoy en el sitio adecuado para hacerlo. A una altura de cien metros, tengo a las espaldas las estribaciones de una serranía que se extiende al oeste paralela a la costa. Enfrente, la arrogancia del mar, sólo circunscrita en la distancia por el horizonte; atrás, la impavidez de la arboleda y el verdor de los cerros. Y como si todo esto fuera poco, decenas de árboles alrededor, muestrario de la exuberancia tropical: mangos, guayabos, aguacates, uvas playas, mamones, ciruelos, cocoteros, naranjos y muchos más. Por eso, también, los pájaros encuentran un hábitat apropiado, y en sus ramas tejen sus nidos. Ahí están, por ejemplo, colgando, las mochilas de los toches y los emplastos de los cucuruchús. Por cierto, son dos muestras bien distintas de estilo y estética. Los unos, pulcros, minuciosamente tejidos, sujetos en las puntas de las ramas más altas como para cuidar la privacidad; los otros, descuidados y chambones, con toda clase de materiales, hasta trapos y basuras. Los toches

y los pequeños cucaracheros son mis preferidos. Los toches, de cantos torpes y colores vistosos, semejan las brisas de diciembre. Jamás aceptan el cautiverio. Prefieren la muerte. Una vez visité la Quinta de San Pedro Alejandrino, donde murió el Libertador, en compañía de los escritores cubanos Onelio Jorge Cardozo y Manuel Cofiño. Ellos estaban impresionados por la majestuosidad del lugar y los frondosos tamarindos. Observaron los nidos de los toches y a decenas de ellos luciendo con orgullo su plumaje negro y amarillo. Les dije que esos pájaros eran como el quetzal de Guatemala, símbolos de libertad. Entonces Onelio Jorge, comentó:

-¡Qué interesante! ¿Será simple coincidencia, o instinto prodigioso que les permite reconocer este rincón alegórico de la libertad latinoamericana?

Los cucaracheros vienen a ser la versión criolla, aunque de menor tamaño, del ruiseñor europeo. Pequeños y descoloridos inundan el entorno con sus cantos melodiosos. En las mañanas y los atardeceres penetran en los alares de las casas para cumplir misiones musicales. Yo los escucho al amanecer, cuando apenas empiezo a despertarme, como si quisiesen decir con el trino que salga a disfrutar el milagro de la vida. Claro está que los mochuelos y chirríos, que no faltan encima de las

matas de millo, emulan en los conciertos, incluso en los momentos en que Príncipe estorba con los ladridos.

Príncipe es un perro zalamero pero despistado. Cuando salgo a los patios permanece a mi lado. Sin embargo, creo que él piensa que tengo problemas con otros perros, y no es así. Sus afanes de guardián los concentra en los perros de las otras casas. Se sube a la gruesa y baja paredilla, hecha en esa forma para que sirva de asiento y no impida la vista hacia el Castillo de Salgar, y comienza a provocar, con los ladridos ruidosos, al perro del vecino. En cambio, cuando llegan personas, permanece quieto y confiado. Entonces deja caer su cuerpo en el suelo. Yo no sé si comprende mi mirada que quiere preguntarle: -¿Acaso, alguno de los dos no estará equivocado?

Cerca de Príncipe siempre está Lisandra, la única perra conocida que no parece perra: en tres celos que lleva ya, no le ha sido infiel a Príncipe. Por el contrario, hace de compañera cariñosa. A todo momento le lame los oidos, a manera de besos, y juguetea sin cansancio. Nada le importa la presencia de Petronio, el pastor elegante, ni de los muchos perros del vecindario, siempre dispuestos a perder el juicio cuando el olor genésico de las hembras se esparce en la distancia.

En los patios están los sembrados. La herencia campesina de mi niñez patrocina el retorno. Cuando comencé todo parecía imposible. Un domingo invité a tres amigos de mi pueblo natal. Les mandé a decir que vinieran preparados para una pequeña siembra. Ese día hubo sancocho de gallina y ron. Ellos disimularon muy bien, y con las estacas cortadas ahí mismo, puyaban la tierra inclinada para dejar caer los granos de maíz y las semillas de guandul y patilla. Después me contaron que al regreso hubo borrachera para festejar las ocurrencias mías de pretender cosechar en riscos y pedregales. Tres meses más tarde volvieron, y la sorpresa fue grande. Como el año fue seco y carecen de riego, nada pudieron recoger en sus rozas. De acá, un poco avergonzados, llevaron a sus casas yucas y mazorcas tiernas. Les conté que supe de las burlas, y por eso todos los días conversaba con las matas y les pedía que no me hicieran quedar mal. Ese fue otro motivo, de retorno al pueblo, para otra parranda.

Lo que más me gusta es bajar la escalera en las tardes para observar en el huerto el crecimiento de las plantas. En el primer peldaño hay una frase Kogi, el pueblo indio que aún subsiste en la Sierra Nevada de Santa Marta: "Primero estaba el mar; el mar era la madre". La religión de nuestros naturales se acerca más a la explicación científica, que las traídas

UNIVERSIDAD SIMON BOLIVAR
BIBLIOTECA
BARRANQUILLA

por los conquistadores. Y pregona el respeto a la naturaleza. Son conceptos sabios que procuran, en el ropaje místico, salvaguardiar el apropiado entendimiento entre el hombre y el entorno.

Mi compañero de paseo, casi siempre, es Juaruquito, un niño de cinco años, auténtica muestra Mocaná. Le digo así porque sus padres nacieron en Juaruco, aldea cercana que todavía conserva rasgos ancestrales. Cerca de ella están Tubará y Cipacua. En estos lugares los conquistadores españoles saquearon un puerco espín de cinco arrobas y media de oro fino, la pieza más pesada de que hablan los cronistas de esa época de rapiña. Tubará es un pueblo pintoresco. De noche semeja un pesebre navideño. Como está situado en el lomo de la serranía, a 285 metros de altura, sus calles inclinadas regalan el encanto de las poblaciones andinas. Camino a Juaruco pueden verse las piedras que tallaron los indios y las cavernas saqueadas por antropólogos y aventureros extranjeros.

Juaruquito me conversa sobre los temas que me agradan. Cuando salgo, a mi regreso, sin que yo lo pregunte, rinde informes de distintos sucesos. Siempre mata serpientes venenosas y escucha nuevos trinos. Extiende el brazo y abre su mano derecha para que se vean los dedos:

-Ayer maté dos culebras.

Para él no hay diferencia entre dos y cinco. Golpea el piso con las botas que le regaló el padrino, y agrega:

-Así les aplasté las cabezas...

Entonces le pregunto dónde están, y de inmediato responde:

-Las boté allá lejos...

Y señala la lejanía en el mar. Eso me basta para darle las gracias, y su carita redonda parece llenarse de complacencia. Ni más faltaba que me atreva a preguntarle cómo navegó hasta el sitio indicado, porque de seguro su imaginación lo sacaría de aprietos. Después tararea el canto de pajaritos distintos de los ya conocidos. Todo suena igual, pero él sabe distinguir. Cuenta entonces historias fabulosas que mezclan personajes de la televisión con otras de la inventiva natural, mientras yo le ayudo en el relato:

-pájaros que salen de las nubes... ¿con el arco iris en el pico?

-Sí, con el arco iris en el pico. Y llegaron hambrientos porque se comieron todo el maíz.

-Pero si tu papá no había sembrado. A propósito, ¿qué hace tu papá cuando no estoy aquí?

-Dormir, dormir, dormir...

-¿Y por qué duerme tanto?

-Porque tiene sueño...

-¿Entonces los pájaros siembran y riegan?

-Sí, de noche las bandadas de gaviotas van al río y se llenan los picos. Después regresan y dejan caer el agua...

-¿Y las siembras?

-Los cangrejos rojos abren los hoyos...

-Bueno Juaruquito, el asunto es sencillo...

-Si, sencillo, y ya me voy a buscar el tetero...

-¿Y todavía tomas tetero?

-Si. Mi mamá dice que para que sea como Miguel Angel.

-¿Acaso te gusta la escultura?

-¿Qué es eso?

-Lo que hacía ese artista: figuras talladas en mármol.

-No, *dotol.* Usted no sabe de eso. Miguel Ángel y Leonardo siempre ganan cuando los monstruos atacan a las tortugas ninjas. Hasta luego. Después vengo a matar otras culebras...

Volver a Popayán

Quedo solo, y los recuerdos lejanos vienen a mi memoria. Acabo de recibir una invitación de discípulos de la Universidad del Cauca. La promoción de abogados de 1962 programa el festejo de treinta años profesionales con sus profesores. Es un detalle un tanto insólito en estos tiempos de marcado pragmatismo. Pero Popayán es algo muy especial en la irracionalidad del subdesarrollo dependiente que se regocija menospreciando tradiciones y valores autóctonos, mientras sucumbe deslumbrado por lo ajeno. Cuando llegué por primera vez una mañana me esperaban en el aeropuerto personalidades intelectuales. Hasta el Gobernador estaba allí acompañando al Rector y a los decanos. Gran sorpresa indescriptible por lo desacostumbrado en otras partes, donde los personajes de la administración pública reciben mandatarios y hasta futbolistas, pero no a profesores. Al doctor Jorge Illera Fernández, Decano de la Facultad de Derecho, se le metió

en la cabeza la idea de vincular en las cátedras a figuras reconocidas en sus especialidades. Y allí llegaron tratadistas y exmagistrados de la Corte Suprema de Justicia. Yo no tenía esos méritos. Apenas si había escrito un informe sobre la economía en Barranquilla. Por cierto que, dos años después, cuando el Presidente Alberto Lleras Camargo y Jorge Franco Holguín, jefe de Planeación Nacional, organizaban el flamante organismo creado en esos días, me llamaron a dirigir la división que atendería los departamentos y municipios, y pregunté por qué pensaron en mí. El doctor Franco Holguín, con una franqueza poco usual entre los bogotanos de entonces, respondió sonreído:

-Por este mamotreto, que yo no he leído, pero mis asesores dicen que es de lo poco escrito en el país sobre la materia.

Entonces le dije:

-Bueno, mi padre por lo menos lo intentó, pero a los cinco minutos se quedó dormido.

Y he aquí lo curioso de la anécdota: gracias al tedioso documento de análisis de estadísticas e hipótesis de crecimiento y desarrollo urbano, que sirvió de primer peldaño, más tarde fui elegido por el Congreso miembro del Consejo Nacional de Política Económica y Planeación, tal vez el cargo más honroso desde un punto de

vista profesional, a que podía aspirar un economista.

Nunca olvido a Popayán. Entonces la ciudad era la Universidad. Podría decirse que en ella la pirámide de la organización social mostraba en el ápice al grupo universitario, con sus directivos, profesores y estudiantes. Y, como para que no quedara duda, en toda la entrada de la sede principal estaba una piedra esculpida, a la manera de los monumentos indígenas de San Agustín, con los nombres de los 16 presidentes de Colombia que formaron parte del claustro.

La vida en Popayán transcurría con el encanto de un paisaje añejo detenido. Sus calles de casas blancas apacibles apenas soportan la algarabía de extraños en la Semana Santa. Porque entonces nadie podía escaparse de la fiesta, fuese de allí o de los contornos. Yo quise hacerlo la primera vez, y el doctor Antonio José Lemos Guzmán, me requirió en tono amable y persuasivo:

-Usted, profesor, puede ser todo lo librepensador que quiera, pero mañana espero que esté con sus colegas marcando el paso.

Y allí estaba, vestido de negro y todo atento al ritual, al lado de Arturo Valencia Zea, Luis Carlos Pérez, Alvaro Pío Valencia y muchos

otros estudiosos del marxismo. Al final se nos contaba que en los tiempos de guerra entre liberales revolucionarios descreídos y gobiernos godos y clericales, en las noches de procesiones los insurgentes dejaban la montaña para cargar el santo de su devoción, sin que nadie perturbara ni se diera por entendido.

Lemos Guzmán era el Rector por antonomasia. Historiador, ideólogo y catedrático, casi vivía en la Universidad. En las noches, cuando ya las puertas se cerraban, caminaba a su alrededor conversando con amigos, como si quisiera resguardar la sagrada interioridad del recinto.

La Semana Santa es la fiesta de los payaneses. Y todos los habitantes de un pueblo o de una urbe guardan por su fiesta, ya sea religiosa, carnavalesca o patriótica, cierto comportamiento de fidelidad. Tal vez sea el tributo a las vivencias infantiles, que tanto pesan en los recuerdos gratos. Y en el caso de las efemérides religiosas, aunque algunas de ellas suponen recogimiento, los vecinos las convierten en expresión de lo suyo, con cierto regocijo particular. Alguna vez la escritora barranquillera Amira de la Rosa, quien vivió muchos años en Sevilla, contaba con gracia costeña-andaluza, para referirse a las exageradas medidas de protección militar que se tomaron, en vísperas de carnavales, con motivo de la visita

a Barranquilla del Presidente Gustavo Rojas Pinilla, las ocurrencias de un andaluz: En una de las procesiones de Semana Santa un campesino le preguntaba a su pariente, ciudadano de Sevilla, quiénes eran los de las imágenes que se cargaban en el desfile.

-Aquel es nuestro Señor Jesucristo... Aquella, la Santísima Virgen... ese, San José...

-¿Y la que viene más atrás?, preguntó el campesino.

-Esa es mejor no mencionar su nombre... esa es la que estuvo a punto de dañar la fiesta... la mujer de Poncio Pilato... ella pidió que se perdonara la vida al Señor, contestó el sevillano.

Y doña Amira, comentaba: -¡Cómo no nos conocen los compatriotas del interior del país! ¡Pensar que un barranquillero va a perturbar su fiesta atentando contra un generalísimo, por más dictador que sea!

Bogotá, Cartagena, Amigos y Desarrollo Indoamericano

Tengo en el haber de los recuerdos el ejercicio de la cátedra en ciudades que ofrecían con orgullo sus características de centros universitarios. Dos de ellas las han perdido un poco ante la avalancha del modernismo. Son Bogotá y Cartagena. La primera es ahora muestra del gigantismo urbanístico. Como efecto del centralismo macrocéfalo, Bogotá concentra el poder administrativo y el producto de la riqueza del país. La actividad comercial y la polución que exhalan los autos borran la imagen, en el presente, del apacible sitio del ayer, con predominio del quehacer intelectual. Como entonces (en los años cuarenta a sesenta) eran pocas las universidades en provincia, desde distintas partes llegaban los jóvenes en procura de instrucción. Y la ciudad sabía responder con acogida estimulante. Los personajes que aportaron a su patrimonio histórico en las distintas áreas del saber y la creación intelectual, hicieron del ejercicio de la cátedra un compro-

miso honroso. Con algunos de ellos estuve compartiendo inquietudes, primero como discípulo, y después de colega. Fueron muchos los compañeros de responsabilidades pedagógicas, pero conservo el recuerdo permanente de Gerardo Molina, Antonio García, Guillermo Hernández Rodríguez, Joaquín Molano Campuzano, Darío Samper, Leopoldo Lascarro, Jorge Child, Diego Luis Córdoba, Oscar Alvear, J. M. Ots Capedquí, Hernán Echavarría Olózaga, Eduardo Wiesner, Jorge Méndez Munévar, Miguel Fadul, Jaime Posada, Luis Emiro Valencia, Delio Jaramillo Arbeláez, Alvaro Pérez Vives, Fernando Hinestrosa, Jaime Quijano Caballero...

A Cartagena llegué por primera vez como profesor en la Escuela Naval. Me había ganado un concurso para dictar la cátedra de Economía de Guerra. Yo me aproveché de lo que aprendí del profesor Abdón Espinosa Valderrama, una especie de experto en la materia, aunque pienso que a duras penas, y desde el otro lado de la calle, había conocido un cuartel. Pero mi presencia en los predios castrenses terminaron una tarde que acompañé a Domingo López Escauriaza, director del diario El Universal, donde escribía una columna, a recibir en el terminal marítimo, al doctor Carlos Lleras Restrepo, quien regresaba al país después de su exilio en México. Rojas Pinilla hablaba entonces de tolerancia. Pero eso tenía un límite.

Así me lo explicó con suma cortesía el Capitán de Navío encargado de notificar mi despido. Otros amigos de cátedra y periodismo, como Fabio Morón Díaz, Roberto Burgos Ojeda y Gonzalo Zúñiga, se libraron de la represalia, por no asistir al recibimiento. Un tiempo después volví a la Ciudad Heroica como profesor en la Facultad de Economía de la Universidad de Cartagena. Fue una etapa fecunda. La facultad había sido fundada por los economistas Alberto Ruiz Vélez y Gumersindo Serge, y ellos se dieron a la tarea de contratar profesores residentes en otras ciudades, incluso a extranjeros, que se encargaron de formar las generaciones que más tarde tomarían las riendas de la ciudad. Cartagena era plácida y bohemia, ajena al bullicio del turismo. La Universidad manejaba la promoción cultural de la ciudad y sus integrantes eran merecedores de gratitud y respeto. Una mañana en el salón de clases, mientras exponía tesis en favor de la originalidad y el deber de los científicos sociales del subcontinente de formular teorías para las estrategias de desarrollo económico y social de nuestros pueblos, me comprometí a dirigir y editar una revista especializada que sirviese de órgano de expresión del pensamiento latinoamericano. Así nació *Desarrollo Indoamericano*, que durante veinticinco años se leyó en muchas universidades del mundo. Por cierto que dos años después de su última edición, la número noventa, no pasa un día en que no lle-

guen cartas de universidades o centros de investigaciones de Estados Unidos, Europa o naciones de nuestra América Latina, solicitando su envío. Pienso que en estos tiempos de neoliberalismo, afianzamiento de la dependencia ideológica y simplicidad analítica de los hechos económicos y de la razón del atraso - todo interpretado bajo la óptica de manos invisibles y supuestas leyes del mercado- su ausencia debe echarse de menos. Porque desde sus páginas se divulgó el pensamiento de Raúl Prebish, D. F. Maza Zavala, Josué de Castro, Celso Furtado, Oreste Popescu, Marcos Kaplan, Ruy Mauro Marini, Orlando Fals Borda, Carlos Rafael Rodríguez, Alejandro Lipschutz, André Gunder Frank, Pedro Vuscovich, Manuel Agustín Aguirre, René Báez, Julio Silva Colmenares, Raúl Alameda, Jorge Child, Isidro Parra Peña, Salvador Osvaldo Brand, Saúl Osorio Paz, Cuauhtemoc Cárdenas, Pablo González Casa-nova, Alonso Aguilar, Jesús Silva Herzog, Fernando Carmona, Rodolfo Stavenhagen, Ramón Martínez Escamilla, Virgilio Roel, Ezequiel Ander-Egg, Jorge Julio Greco, Victor Manuel Barceló, Jaime Serruto Florez, Humberto Espinoza Uriarte, Gastón Parra, Marcio Mejía, Angel Bassol Batalla, Vicente Rovetta, Carlos M. Rama, Carlos Quijano, Antonio García, Gerardo Molina, Orión Alvarez, y tantos otros ensayistas latinoamericanos. No se trataba de una de esas publicaciones de ahora, tan repletas de colorines y síntesis, sino, más bien,

hecha a la usanza antigua, en talleres menores manejados por artesanos, como era la muy añeja imprenta de don Eduardo Salazar, linotipista de la vieja guardia y la naciente de los esposos Sante y Darcy Gaddini. Todo aquello, puede suponerse ahora, fue obra del milagro que sólo se cultiva y da frutos en el mundo del subdesarrollo. Así, por lo menos, lo explican de manera anecdótica, los amigos escritores David Sánchez Juliao, Luis Felipe Palencia Caratt y Roberto Burgos Ojeda, quienes contaban que una vez el director de *The Economist*, de Londres, me escribió para recomendarme a uno de sus redactores, un economista ecuatoriano que acababa de terminar los estudios en London School y quería seguir trabajando en el periodismo, para lo cual consideró adecuada mi revista. Ellos escucharon el comentario, cuando leí la carta:

-Si supiera ese amigo inglés que *Desarrollo Indoamericano* se prepara en esta mesita rústica comprada en la puerta de la casa a un vendedor ambulante, y la Olivetti Lexicon 80 que me acompaña hace años, y con un director que desempeña, además, las funciones de redactor general, busca y cobra avisos, corrector de pruebas... apenas auxiliado, en la mecanografía y mando general, por doña Anita, en los momentos libres de sus obligaciones caseras...

* * *

Distinto de estos tiempos, en los cuales sólo se exige para asumir la cátedra los diplomas de especializaciones, entonces lo que más se valoraba era el libro escrito. Son dos criterios diferentes que involucran toda una expresión compleja política, de comportamiento y compromiso. Más aún si se tiene en cuenta que los postgrados son más reconocidos y valiosos cuando se adelantan en universidades de los países dominantes, sean éstos capitalistas o socialistas, como se daba el caso cuando existía la Unión Soviética. El profesional master o Ph.D. educado en el exterior, enseña lo aprendido, que responde a las conveniencias ideológicas del país de origen. Por el contrario, el requisito primario de trabajo de investigación u obras publicadas supone el conocimiento de las características, fenómenos y problemas de la realidad local, nacional o continental, que autoriza para deducir hipótesis y enriquecer el patrimonio científico de la materia a su cargo.

La primera vez que visité a Cuba recibí una sorpresa inesperada. Mi afán era conversar con los profesores de la Facultad de Economía de la Universidad de la Habana. Les pedí me hablaran de sus experiencias y me entregaran materiales doctrinarios de la planeación socialista en un país subdesarrollado de América Latina. Quería libros escritos por ellos distintos de los conocidos en nuestras universidades. Pero sólo se guiaban por los textos soviéticos. En las

DE

librerías pasaba lo mismo: apenas sí de Cuba o América Latina se ofrecían las publicaciones literarias y políticas de Casa de las Américas. Recuerdo que en una de ellas, cerca de la heladería Copelia, a doña Anita, mi esposa, se le ocurrió una tarde colocar en los estantes, sin que nadie lo notara, unos ejemplares de la colección Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina, que yo dirigía, y publicaba Plaza & Janés. Y a los pocos minutos, al querer comprarlos los clientes, hubo confusión entre las señoritas vendedoras. Nunca supimos si nuestro subrepticio mensaje fue entendido.

Ahora deduzco también, que la facilidad de la imposición en las conductas desarrollistas y de apertura en los países del tercer mundo (al lado del desastre del modelo socialista soviético y de los vicios del intervencionismo estatal politiquero, el sindicalismo y los partidos de izquierda) encuentra el camino expedito en la formación dogmática de las nuevas figuras que dirigen el poder, casi todos provenientes de universidades de las áreas dominantes, o de sus similares en nuestros países.

Tal vez en un mañana de rectificaciones y búsqueda de conductas más apropiadas, podrá sacarse provecho de la conjunción de las dos modalidades en los requisitos para concursar a la cátedra, siempre y cuando las especia-

lizaciones se adelanten, prioritariamente, en las propias universidades.

Lo curioso de este asunto de la dependencia intelectual es que los propios teóricos en materia económica de los países poderosos, no la patrocinan: Paul Samuelson se sorprendía cuando unos jóvenes latinoamericanos le informaban que su libro era texto oficial en sus universidades. Entonces comentó: "Qué curioso. Eso fué escrito para un tipo de economía distinta; digamos, desarrollada". Una vez fuí invitado por la Academia de Ciencias de la Unión Soviética a dialogar en Moscú con un grupo de economistas sobre temas de teoría monetaria. Acababa de escribir el libro *Teoría de la Inflación, el Interés y los Salarios*, con planteamientos distintos de los monetaristas y cuantitativos, en el análisis de los precios. El encuentro de una semana no tuvo ni vencedores ni vencidos. Porque, al final, los soviéticos declararon:

-Lo que dicen nuestros textos es lo que conviene a la economía de nuestro país. Si cree que lo expuesto por usted es de beneficio para el suyo, eso está bien.

Entonces respondí:

-Gracias. Ese concepto es justo y apropiado. No importa si lo que yo digo tiene alguna vali-

dez. Lo que cuenta es el criterio sobre el compromiso de los pueblos de enriquecer la cultura universal con sus propias aportaciones. En los muros de la Universidad que fundé en 1972 hay uno con pretensiones simbólicas, con tres grandes lozas talladas que recogen pensamientos de Bolívar, Bello y Neruda. Yo suelo transcribirlos en escritos por la magnitud de la síntesis ideológica. Simón Bolívar, el conductor revolucionario y padre de la libertad, dijo: "Nuestra patria es América", para referirse a la América Latina. Andrés Bello, el universitario y jurista, sentenció: "América tiene un camino: su propio camino". Y Pablo Neruda, el poeta del siglo XX, predijo: "La libertad de América Latina, será hija de nuestros hechos y de nuestro pensamiento". Sin embargo, buena parte de los profesores dejan que piensen por ellos, y enseñan en sus clases con los manuales soviéticos o norteamericanos, de acuerdo con la alineación política. Ellos olvidan a Simón Bolívar, cuando dijo en el Congreso de Angostura: "¿No dice *El espíritu de las leyes* que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen? ¿Que es una casualidad que los de una nación puedan convenir a otra? ¿Que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, al género de vida de los pueblos? ¿Referirse al grado de libertad que la Constitución pueda sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a

su comercio, a sus costumbres, a sus modales? ¡He aquí el código que deberíamos consultar y no el de Washington!"

Recuerdos de la URSS

En aquellos tiempos, la búsqueda de nuestro propio camino, como añoraba Andrés Bello, me asistía en las deducciones. No obstante, guardaba por los soviéticos admiración y respeto. Hice observaciones, y eso me valió el reproche de los intolerantes. Pero siempre pensé que en la dinámica de los aconteceres las fallas serían superadas o, por lo menos, no repetidas en la organización social futura de nuestros pueblos. Digamos por caso, el dogmatismo casi religioso que obliga a pensar en el pasado monasterial donde cosas simples de la vida o del libre albedrío eran pecado. Aquí, con el mar de testigo y la compañía de amigos soviéticos intelectuales que frecuentemente visitaban la Universidad Simón Bolívar, exterioricé comentarios. Un medio día, ante Sergio Mikoyan, hijo del expresidente Anasta Mikoyan, y Víctor Volsky, Director del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias Sociales, expuse juicios sobre el peligro del

excesivo armamentismo. Recordé a los clásicos de la economía política, con Smith, Ricardo y Malthus, a la cabeza, que siempre inventariaron los gastos en armas y ejércitos como improductivos, e hice mención de la hipótesis de futuristas que calculaban para el año dos mil el descenso a los terceros y cuartos lugares de las economías norteamericanas y soviéticas. Cuando iba a la Unión Soviética me sorprendía la exagerada atención a los asuntos militares. Muchas fueron las noches que a mi sueño lo perturbó el andar ruidoso de interminables filas de camiones militares que viajaban rumbo a la frontera china: para fastidio del reposo, pasaban por la calle del hotel en la ciudad de Jabaros. En cualquier sitio que visitaran las delegaciones que asistían a congresos científicos, en el programa se incluía una visita al monumento del soldado desconocido. Sin cesar se hablaba de la paz, casi con obsesión, pero el recuerdo de la guerra y la barbarie de los ejércitos de Hitler, que estimulaba el armamentismo, parecía competir.

Mientras tanto, tenía presente los resultados en los países como Japón y Alemania, obligados por los victoriosos a reducir a cantidades insignificantes los presupuestos militares. En 1961 pasé varios meses en el Japón y visité todo el territorio y buena parte de sus fábricas. Eran los tiempos de la recuperación y el despegue. Y se observaba en la gente un

rechazo al pasado bélico y un entusiasmo por la libertad política y el porvenir democrático. En una reunión dije que el Japón había ganado la guerra. Unos 20 latinoamericanos, africanos y asiáticos estaban allí en misión oficial. Yo representaba la planeación nacional de Colombia. Al llegar a las ciudades se visitaban las fábricas y los centros culturales. Después, en los ágapes, un orador agradecía las atenciones. Cuando a mi me tocó, ya conocía los informes sobre el crecimiento económico del Japón (de once por ciento anual), las inversiones para la reconstrucción de su aparato productivo patrocinadas por los Estados Unidos, las reformas agrarias y del capital impuestas por el General Mac Artur, que exterminaron el latifundio y los zaibazus, o grandes monopolios, para abrirle las puertas a la cooperativa agrícola y a la venta libre de acciones y la atención prioritaria a la educación. Con todo eso, sumado a la tradición manufacturera y la disciplina en el trabajo, me fué fácil presagiar los acontecimientos del presente y deducir que, a pesar de Hiroshima y Nagasaki, la ventaja del porvenir estaba muy cerca de las naciones derrotadas. Todavía conservo un ejemplar del periódico japonés que publicó mi osado comentario, como también, los agradables recuerdos de un Japón austero y acumulador.

Mientras en la Unión Soviética el aparato militar se ensanchaba, los medios de consumo

se limitaban a lo indispensable. Una tarde me encontré en la Plaza Roja con el periodista bogotano Pedro Clavijo, casado con moscovita. Me invitó a su casa, y solicitó un lapicero para anotar la dirección. Le entregué un modesto Paper Mate, y le dije que se lo obsequiaba, pues contaba con otros. Entonces me respondió:

-Sí, me quedo con él. Porque los soviéticos fabrican cohetes que pueden llegar a centímetros previstos de la luna, pero todavía no hacen un lapicero que sirva.

Después pensé que aquel comentario desapercibido involucraba todo un examen de una falla de producción y consumo. En La Habana también, una calurosa tarde de agosto me hizo mucha gracia formar parte de una cola para comprar granizado. Al día siguiente conversé con Carlos Rafael Rodríguez, vicepresidente de la República, sobre ese fenómeno que no alcanzaba a comprender. -Si Cuba, le dije, es el primer productor de azúcar en el mundo, y uno de los países con más recursos hídricos, ¿cómo es posible que no haya en cada esquina una venta de granizado, o raspado, que es hielo molido y miel de azúcar, para evitar las molestias de las colas?

Ahora, sin olvidar las críticas de entonces que, además, involucraban aspectos relaciona-

dos con la libertad de expresión y pensar, no puedo negar la pesadumbre que siempre me acompaña por lo sucedido en la Unión Soviética. Recorrí el vasto territorio de Rusia desde Leningrado hasta Najodka, y fueron varias las repúblicas visitadas. A Najodka iba cada dos años como participante y conferencista del simposio sobre recursos naturales del área del Pacífico. En ese bello puerto del lejano Oriente, con espléndida bahía siempre repleta de barcos de transporte y pasajeros, sus habitantes hacían del encuentro de personalidades de otros continentes un motivo de fiesta y en sus calles familiares se bailaba en honor de la amistad. El tren transiberiano solía llegar en las mañanas frescas de verano, y allí estaban docenas de niños con ramos de flores para entregar a los huéspedes. En otras ciudades la costumbre común era ofrecer un pedazo de pan de tortas que portaban bellas jovencitas vestidas con trajes típicos. En ninguna parte de la Unión Soviética jamás vi un mendigo. En las calles del populoso Moscú sólo encontré una vez un embolador. Y los pocos vendedores ambulantes, como dos señoritas impecablemente vestidas, la una ingeniera y la otra agrónoma, vendían en una esquina de Alma Ata jabones y caramelos por cuenta del Estado, mientras las ocupaban en sus profesiones. Alma Ata es la ciudad de los árboles. Las viviendas casi no se ven porque los altos y abundantes ramajes cubren el espacio. Es una de las ciudades más

arborizadas del mundo. Y la gracia de eso es que antes de la Revolución de Octubre todo era desierto, y apenas en ese sitio acampaban las caravanas de las tribus nómadas. Ahora el entorno es de un verde de cultivos con un lago azul en el fondo que semeja un pequeño mar. El agua proviene de canales de casi mil kilómetros construido en los años heróicos del inicio socialista.

La vida cultural soviética que conocí era sencillamente deslumbrante. Como sólo había pueblo era para el pueblo. La primera vez que asistí al teatro Bolshoi quedé sorprendido con los exóticos peinados de un grupo de señoritas, y le dije al intérprete que me parecía un espectáculo versallesco. Tal vez lo entendió mal, pensando que hablaba de rangos aristocráticos, porque unos minutos después trajo hasta donde estaba, en el vestíbulo, a tres de ellas. Después de saludos de manos, me preguntó:

-¿Notó algo?

-No.

-Míreles las manos. Están llenas de callos. Son obreras de la construcción, y para venir al teatro usan pelucas, porque tienen cabellos cortos.

La mayor parte de la Unión Soviética fue

arrasada por las hordas hitlerianas. Las fábricas las desmontaron para llevarlas a Alemania. En Leningrado no lograron penetrar, pero los cañones instalados en las afueras y en los propios palacios campestres de los antiguos zares, destruyeron la ciudad. El museo El Ermitaño también fue víctima. Yo vi las fotos de las ruinas y contemplé el milagro: todo lo reconstruyeron con exactitud. La industria y otras actividades, por cuestiones estratégicas, fueron trasladadas a lo profundo del país. La legendaria Siberia recibió los efectos del cambio. Hasta la Universidad de los genios y científicos la localizaron cerca de Novisibirk. En verano la capital siberiana parece una ciudad tropical. Alegres palmeras en las calles y en las noches los salones de baile repletos. El río Obi es todo un espectáculo de vida, con decenas de barcazas que lo cruzan. En el hotel me alojaron en una habitación que permitía contemplar la plenitud de su ancha corriente, parecida a la del Magdalena, aunque de aguas menos turbias. Como para que estuviera más a gusto, el administrador me hizo saber que en ella estuvo dos meses atrás Gagarín, el primer astronauta. En Alma Ata también recibí una sorpresa grata: el gerente del hotel, un hombre bajo de estatura, gordito y siempre risueño, fue el soldado que colocó la bandera roja de la hoz y el martillo en la cúpula del Reichtag, sede de Hitler y de su Gobierno, y cuya fotografía se ha publicado en todos los periódicos y revistas del mundo. Nunca

se quitaba del pecho la condecoración de héroe nacional. Los soviéticos gustaban de sus medallas e insignias. Y el pueblo guardaba respeto por esos símbolos. Una vez Víctor Volsky, que de tanto tratar con latinoamericanos y visitar a nuestros países siempre estaba de ánimo para reír y gozar de la alegría de vivir, me invitó a mi y a mi familia, a un almuerzo en las afueras de Moscú. Como era domingo, en el restaurante de una bella cabaña no había sitio disponible. El doctor Volsky, guiñó un ojo, y les dijo a doña Anita y a mis hijos:

-Veamos si aún recuerdan a los veteranos... Entonces se introdujo en el automóvil y regresó con su estrella de héroe de la guerra en la solapa de la chaqueta. De inmediato fuimos atendidos con muestras de afecto, sin que nuestro amigo hubiera dicho una palabra mencionando su rango.

Son tantas las impresiones gratas, que conturba la rapidez de los acontecimientos. ¿Cómo pudo deslumbrar la irracionalidad del egoísmo individualista todo un mundo de acercamientos igualitarios? ¿Que había fallas en una burocracia lenta y de privilegios? Cierto. Pero entre nosotros, la apertura librecambista y el predominio de las reglas del mercado -puro e inclemente capitalismo de monopolios y carteles- ha incrementado la corrupción oficial hasta el punto de que son pocos los presidentes lati-

noamericanos libres del cuestionamiento público, mientras la miseria popular adquiere niveles insospechados. Las propias estadísticas de los Estados Unidos señalan que la población indigente ha alcanzado en ese país cifras jamás antes conocidas, con más de treinta millones de pobres absolutos.

Nadie se atreve a negar los errores y arbitrariedades. En la propia Unión Soviética fueron juzgados los responsables. Las estatuas de Stalin dejaron sus pedestales y sus crímenes merecieron el repudio.

Alguna vez visitaba la Plaza Roja en compañía de académicos del mundo. Al llegar al sitio donde estuvo la tumba de Stalin, una voz solitaria se mostró en desacuerdo con el tratamiento dado por los renovadores. Entonces, la bella rubia que servía de intérprete dejó a un lado su compostura discreta, propia del oficio, y con énfasis en sus palabras, denunció la muerte de su padre, general revolucionario, condenado por los jueces de Stalin como traidor, y después reivindicado en el gobierno de Jruschov. El interlocutor, tal vez por cortesía, calló. Pero más tarde, cuando íbamos en el bus de regreso al hotel, dijo:

"Es cierto que fue un dictador, y como tal los abusos y errores no pueden esconderse, pero nadie está libre, en los primeros años de adve-

nimiento e insurgencia de una nueva organización social, de esos pecados. Recordemos, para no ir tan lejos, al capitalismo con sus invasiones y arrasamiento de los pueblos a través de las cruzadas, o de las conquistas y colonialismos en América, Africa y Asia. Y ahí sigue tan campante y sus aúlicos santificando a sus pioneros y festejando sus genocidios. ¿Acaso, en cada ciudad de América Latina no está, en la plaza principal, la estatua del conquistador europeo que aplastó culturas, asesinó gobernantes indígenas, masacró pueblos y saqueó riquezas?".

Ante el silencio nuestro, que era una especie de muestra de respeto a la voluntad y autonomía de la tierra anfitriona y de sus habitantes para decidir sus conveniencias, el colega crítico bajó el tono de la voz y apenas movía los labios, como para escucharse él mismo en sus observaciones sinceras pero un tanto imprudentes.

En general, la vida de los soviéticos que conocí era austera. Y como no había desocupados, la delincuencia jamás ofreció las características de otras partes. Del hotel Aguilucho,en Moscú donde en una ocasión pasé dos semanas con mi familia, solía atravesar sin temores un bosquecillo de día y de noche para llegar a la estación del metro, aledaña a las Colinas de Lenin, sitio de visita de los recién casados. Allí

UNIVERSIDAD SIMON BOLIVAR
BIBLIOTECA
BARRANQUILLA

una tarde me encontré con Vladimir Lukin, miembro de la Comisión Estadounidense en la Academia de Ciencias. Olvidamos la prisa de las obligaciones de trabajo, y durante un par de horas hubo un regreso a Barranquilla. El había asistido a un encuentro en la Universidad Simón Bolívar, y no olvidaba los patacones ni el arroz con coco de la *reina* Guillermina, la mujer de Marco, el celoso guardián de la Casa de la Cultura. Hace poco el académico Nicolás Dikó me comunicaba que el doctor Lukin es el nuevo embajador de Rusia en los Estados Unidos, y me adjuntó el recorte de un reportaje publicado en "Novedades de Moscú", donde el diplomático menciona su paso por nuestra Universidad. Son las *sorpresas del tiempo*: el antiguo camarada que tanto fustigó al imperialismo yanqui y explicaba emocionado el futuro promisorio del socialismo, representa en Washington el nuevo gobierno que se empeña en borrar todo vestigio del ayer en aras del advenimiento capitalista.

La vida nocturna en la Unión Soviética terminaba a las once. A esa hora cerraban sus puertas los sitios de diversión, digamos por caso, los restaurantes, cines y expendios de bebidas. Porque los prostíbulos no existían. La noche de un sábado en la ciudad de Ashjabab, un grupo de amigos latinoamericanos y un africano visitamos el parque central. Todo era animado y festivo y a las 11 p.m., la música

dejó de sonar y las familias comenzaron a retirarse. Entonces un joven nos invitó a su casa, cerca de allí. Era un obrero que trabajaba en la recolección de basuras. Vivía con su madre, una anciana de cabellos blancos. Después de la confusión de nuestra presencia (gente tan extraña en esas remotas regiones), ella preparó de inmediato ensaladas de cebolla y tomate. A pesar del humilde oficio del anfitrión, en la salita del apartamento había un estante con unos libros y una guitarra. Siempre suelo recordar, cuando se trata el tema del prejuicio racial, la reacción de aquella mujer que de seguro en su larga existencia jamás había visto un negro. Se sentó a su lado y le tocaba la cara con curiosidad maternal. En un comienzo el africano esquivó las caricias un tanto sorprendido, pero después comprendió que todo era ternura y complacencia. A lo mejor para ella un rostro de color no común en su medio era algo exótico muy bello.

* * *

Cuando escribo estos recuerdos vuelvo a leer publicaciones soviéticas, entre ellas *Tiempos Nuevos*, la revista que fue una especie de órgano oficial ideológico de la Unión Soviética. Desde muchos años atrás la consulté porque en ella escribían académicos e intelectuales. Pero este número 6 de junio de 1991 trae una noticia inesperada: es el último que se publica en

español, después de 40 años de aparición semanal. Y lo curioso del asunto es que el director y la redacción, todos entusiastas defensores del regreso al capitalismo, hacen saber a los lectores que "en las nuevas condiciones *de paso a la economía de mercado* en nuestro país, *las dificultades financieras hacen imposible continuar la publicación que, a partir de 1951, procuró tenerlos al hilo del acontecer político y cultural del mundo*".

En esta última entrega de *Tiempos Nuevos* en español puede apreciarse, en el contenido de los artículos y entrevistas, la interpretación de los investigadores soviéticos de estos nuevos tiempos. Así, para I. Dorovskij, "*los que añoran otros tiempos de pan y leche sus reclamos son simples aullidos de la plebe*, porque sólo debe tenerse en cuenta el pensamiento de George Washington, primer Presidente de los Estados Unidos, cuando decía: "El hombre que renuncia la más mínima libertad en aras de su seguridad personal no es digno ni de una cosa ni de la otra". El militar Ivan Uporov, mayor de las tropas interiores y diputado al Soviet urbano de Bezmein, en Turkmenia, escribe: "Es absurdo defender un sistema económico donde un barbudo hambriento y casi desnudo agite una cachiporra nuclear comprada a un precio fabuloso. La gente no está en contra de un ejército fuerte y una defensa segura del país. Mas está en contra de que el poderío del ejército se

UNIVERSIDAD SIMON BOLIVAR
BIBLIOTECA
BARRANQUILLA

mantenga a costa de sus flacas billeteras, a costa de su salud y su estómago. Aparte de que todo esto ocurre cuando los altos mandos y los caudillos del partido nadan en la prosperidad... El complejo militar industrial chupó toda la sangre de la economía nacional..." En un ensayo titulado "Los obreros contra su propia vanguardia", L. Vasíliev piensa que las huelgas y las manifestaciones de los obreros son simples expresiones de rechazo a su partido político: "Lo importante, afirma, es que los obreros que participan en los movimientos de protesta lo que no quieren en primer lugar es el poder del partido comunista. Es así como debe apreciarse hoy su posición... Los obreros nada tenían que ver con la dictadura del partido que usurpó todo el poder y cuya novedad consistía en que no era un partido de tradiciones parlamentarias dispuesto a ceder el poder en caso de que el pueblo se le opusiera... No hay que hacerse ilusiones. Es poco probable que los obreros acojan con entusiasmo la perspectiva del mercado. Es poco probable que la mayoría esté contenta con la aparición de personas ricas cuyos ingresos contrastan con la pobreza de los desdichados y desempleados... De ahí que la cohesión de la izquierda democrática con los obreros, y cabe recordar que es una de las ideas predilectas del marxismo que se justifica en plena medida, pueda considerarse poco menos que la condición principal de éxito en la lucha contra el socialismo totalitario".

En otra sección de la revista mencionada, su propio director Alexander Pumpiaski, polemiza con el mariscal S. Ajroméev, y se dicen verdades sugerentes. Por ejemplo, para el militar el ejército defenderá la integridad del país y "si la Ley Fundamental (la Constitución) se enmienda por la vía legal y se anula la tesis sobre la sociedad socialista, la situación cambiará... Pero hoy las fuerzas armadas deben defender la opción socialista. Es su deber constitucional". Por su parte, el periodista replica: "¿Es la constitución la Ley Fundamental? Sí, pero únicamente en un Estado normal, o sea democrático y civilizado, pero, en el nuestro, siempre y a todo nivel la Ley Fundamental fue la palabra del dirigente del partido u otro... Si reconocemos como norma la injerencia o el empleo del ejército en el proceso político interno, jamás seremos un Estado normal. Es un axioma". El militar responde: "Su actitud hacia nuestra Constitución es demasiado superflua. Para usted el sistema socialista no es sino una línea en la Ley Fundamental, mientras que para mí son los setenta años de vida y lucha de nuestro pueblo. Hace tres años que repiten sin cesar que las fuerzas armadas preparan y pueden dar un golpe militar. ¿Quién lo dice? Usted lo silencia cortésmente, pero yo le diré sin rodeos: Yeltsin, Sobchak, también Arbátov. ¿Con qué objetivo? Lo hacen para dividir en medio de la lucha al ejército y la marina... Soy partidario

de una Unión federativa única y de la opción socialista..."

Año y medio después de la anterior lectura de *Tiempos Nuevos* y muchos años más de las reformas de Mijail Gorbachov y del proceso hacia el capitalismo, el diario *El Tiempo*, de Bogotá, dedica una página a su corresponsal en Moscú, Alvaro Sierra, quien intenta recoger el balance del primer año de disolución de la Unión Soviética. El título del artículo (edición del 28 de diciembre de 1992) es una especie de radiografía sutil de los alcances y logros: "Rusia avanza hacia el mercado... persa". Y afirma el periodista: "El gobierno tiene razón: hoy el mercado es una realidad". Sin embargo, los resultados nada tienen que ver con los presagios optimistas de sus impulsadores. Porque el arqueo ofrece resultados disímiles. Leamos a Sierra: "Para el presidente ruso Boris Yeltsin, el principal logro de su gobierno ha sido la entrada en el mercado de la expotencia comunista. Sus opositores opinan que la crisis económica se ha profundizado en lugar de reducirse... Y los resultados de este itinerario son elocuentes. El alza de precios bate cualquier marca: un pan de cinco centavos hace un año vale hoy 25 rublos. El transporte subió veinte veces; la comida entre trescientas y quinientas veces... Está caminando un plan para entregar a manos privadas en tres años la mitad de la propiedad estatal. Han aparecido cuarenta mil

negocios y ciento cincuenta mil granjas privadas y desde enero están listas a venderse en subasta ocho mil grandes empresas del Estado. Al mismo tiempo, la producción sigue cayendo en picada. Este año se espera casi un veinte por ciento de declive en comparación con el 91. La inflación va por el dos mil por ciento anual. La lista de empresas a medio cerrar o al borde de la quiebra es interminable. El comercio exterior pasa por la crisis más grande de su historia. El déficit del presupuesto estatal pone pálidos a los comunistas clásicos. La oposición, pues, tampoco miente: la crisis es aterradora. Al simple ruso el año de 1992 le impuso un brutal cambio de opinión. En diciembre pasado, no había quizás en el mundo gente más entusiasta y esperanzada con el capitalismo que los rusos. Un año después el nivel de vida de la aplastante mayoría se ha reducido cerca de cuarenta veces. Y el mercado no es para ellos sino una reforma que les arrancó las ventajas sociales del sistema anterior y no ha dado nada o casi nada a cambio... La delincuencia, la prostitución y el contrabando navegan a toda vela sobre las olas del mercado. El propio gobierno ruso está seriamente preocupado porque el país se está convirtiendo en un paraíso de las mafias".

El periodista Alvaro Sierra también observa que "Moscú se ha convertido en un San Victorino", barrio caótico de Bogotá, elocuente

tento por la rigidez centralista, pese a la doctrina de la autonomía de las repúblicas, de las regiones y de las etnias. En Leningrado sus habitantes veneraban a su Pedro, tal vez con más estatuas que Lenin, y una vez escuché críticas al predominio de Moscú. Además, jamás entendí el uso de pasaportes entre regiones integradas.

Ya comenté las fallas y descuidos en la producción de medios de consumo. Tal fenómeno era fácil de comprobar. Aunque en los 270 millones de habitantes del extenso territorio soviético que periódicamente visitaba, nunca advertí miseria ni nada parecido al hambre que en nuestros días ensombrece en el mundo a cientos de millones de personas, la verdad es que la oferta variada de artículos era modesta. En esos días se orquestaba una campaña ideológica contra el *consumismo* que se daba en los países capitalistas desarrollados. Sin embargo, cuando llegaba a Moscú mis amigos me hacían saber con satisfacción que ya contaban con nuevos almacenes y mercados. Hasta una tarde me llevaron, en compañía de doña Anita, a conocer el primer salón de belleza para mujeres.

Cuando mis amigos soviéticos me hablaban de los futuros logros que alcanzarían en la oferta de mercancías de consumo, solía aprovechar la oportunidad para enjuiciar a los

berioskas, almacenes especiales de toda clase de artículos nacionales y extranjeros de consumo y de uso personal, que sólo vendían en dólares a turistas foráneos. Nunca pude entender cómo en el país que se fundamentaba ideológicamente en la igualdad social, podía prohibirse el acceso de los nacionales a esos sitios. En Cuba, donde copiaron la extraña modalidad, en varias ocasiones protesté, y logré que amigos cubanos me acompañaran en la compra de algún obsequio para ellos.

La casa de la cultura

Ya que antes mencioné la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar, imagino que muchos hablarán de ella en distintas partes del mundo, como albergue que ha sido de investigadores, científicos sociales, escritores, poetas y catedráticos. Se trata de una de esas edificaciones de los años veinte, época de oro de Barranquilla. La terminación de la construcción estuvo a cargo de Luis Gutiérrez de la Hoz, un maestro de obra, de los que hacían de arquitectos -que residía en todo el frente de mi casa cuando yo era niño- por encargo de comerciantes árabes de procedencia francesa. Los extranjeros, después de lograr fortunas, acostumbraban mandar a construir sus viviendas al estilo de los palacetes de los ricos de sus ciudades o pueblos. Por eso el barrio "El Prado" es una especie de muestrario de la arquitectura de varios países, de donde eran originarios sus habitantes. La Casa de la Cultura, que aún conserva en su frontis

el nombre de "La Perla", fue fiel copia de una mansión con el mismo nombre de la Costa Azul. Cuando la adquirió la Universidad, el arquitecto Ignacio Consuegra Bolívar convirtió las alcobas en bibliotecas y los garajes en el patio de actos. Ahora funcionan en sus predios ampliados la Biblioteca de Humanidades, con varios incunables y centenares de ediciones príncipes; el Museo Bibliográfico Bolivariano, con más de mil quinientos libros sobre la obra y el pensamiento del Libertador, considerado por los historiadores venezolanos como único en su clase; la Hemeroteca, con colecciones de revistas de Economía, Sociología, Historia, Política, etc., de América Latina, Estados Unidos, Europa y Asia. Es, pues, un sitio apropiado para el estudio y el encuentro académicos. Por eso en sus instalaciones se han reunido académicos de Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Argentina, y han dictado conferencias catedráticos de muchas universidades. Los actos públicos en la Casa de la Cultura se convierten en verdaderas fiestas de las artes integradas. Cuando se presenta un libro la fiesta es general, porque también se exhiben pinturas, actúan los coros, las danzas, los conjuntos folclóricos, y los poetas recitan. Regocija el espectáculo de mil o más personas aplaudiendo a los autores o artistas. El profesor Luis Felipe Palencia Caratt, comentaba alguna vez: "Qué distinto este entusiasmo, que estimula al creador intelectual a los cocteles, en los cuales a la larga,

los invitados se olvidan de los libros, o comienzan a conversar de espaldas a los cuadros expuestos". Una tarde de llovizna nadie se perturbó mientras escuchaba al maestro Pablo González Casanova ex-Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. El ilustre sociólogo estuvo feliz: por primera vez hablaba a los jóvenes sobre el destino de América Latina con el respaldo solidario de menudas gotas refrescantes. Nicolás Guillén, quien pasó una semana entre nosotros, y Jorge Artel, los dos grandes de la poesía negra, después de leer sus poemas jugaban el "tingo tengo" con los funcionarios y empleados de la Universidad, después de saborear los bizcochos que se brindaban en sus nombres. Una vez la Academia de la Unión Soviética comunicó que llegaría un economista de apellido Nikitín. Yo no simpatizaba con el autor de un manual de economía política con ese apellido. Se trataba de un texto más de divulgación y propaganda que científico, muy popular en nuestros medios universitarios, utilizado al pie de la letra por profesores comodones, conocidos con el apodo de *nikiteros.* Me era difícil entender como un profesional que entraba a formar parte del oficio de la educación, desaprovechara la oportunidad de instruirse y estudiar el acontecer histórico, para limitarse a divulgar lo expuesto en otras circunstancias y conveniencias. Sobre todo, si se tiene en cuenta que la ciencia social es un rico muestrario de teorías que interpretan los dis-

tintos fenómenos en concordancia con la realidad política, histórica y geográfica. El manual de Nikitín, como de manera correcta lo indicaba el editor, era un trabajo premiado en un concurso celebrado en Moscú en 1959 con el propósito de divulgar, entre otras cosas, en amplios círculos de lectores, especialmente obreros soviéticos, los criterios del partido comunista de la URSS. Bueno, el Nikitín de la historia nada tenía que ver con el otro Nikitín. Por el contrario -y como aleccionadora paradoja- resultó ser investigador interesado en conocer los trabajos teóricos y las tesis expuestas por nuestros profesores e ideólogos en el análisis de los problemas económicos propios de la dependencia y el subdesarrollo. Bonachón y disciplinado a la vez, pasaba las horas en la sección de publicaciones latinoamericanas de la hemeroteca y los domingos se iba a la plazuela del Estadio Municipal a escuchar los conjuntos vallenatos. Amigo de Martín, un conserje de la Casa de la Cultura, cascarrabias y gruñón, que por su temperamento yo solía llamarlo Hitler, un día comentó delante de él: "Hitler, no: dictador fascista; Stalin, dictador proletario".

De Bagdad a Atenas

El invierno llegó. Quiero decir, las lluvias. El invierno es mar azul y quieto, brisas lentas, verdor que entusiasma. Sin embargo, Juaruquito nota mi tristeza. En su media lengua repite los versos de una vieja canción que le enseñé una vez cuando él estaba afligido por un regaño materno. "Son cosas de la vida, que suelen suceder. Mi negro no te aflijas". Trato de animarme, y observo los alcatraces, en un vuelo que parece un rito: avanzan en forma de espiral. Con el reposo de las aguas los peces se acercan a las orillas para ofrecer un espectáculo depredador pocas veces visto: primero están las sardinas juguetonas y desprevenidas. Un poco atrás se distinguen las manchas de cojinúas, sierras y otras especies medianas; y después los tiburones y delfines. Cada uno busca su alimento sin sospechar su propia suerte. Y, más allá, los botes de los pescadores con anzuelos y chinchorros que no hacen distinciones. Pero el paisaje y los hechos concu-

rrentes en el mar no me alejan del todo de mis nostalgias. Pienso en *las sorpresas del tiempo*: el ayer, un ayer apenas de unos veinte años, de insurgencias y esperanzas, tan distinto de las destrucciones posteriores y de la violencia del presente. También, en lo ideológico, el abandono de un camino propio, con cosecha a la vista de más problemas, recarga el pesimismo: las noticias de Colombia de los periódicos y la televisión se refieren a las masacres diarias de campesinos, a la disminución de las cosechas, el derroche de los ricos y el aumento de tugurios y hambrientos.

No puedo imaginarme como son ahora algunos sitios que conocí con cierto esplendor en la quietud de lo espontáneo y sencillo. En 1972 asistí en Bagdad a un encuentro de intelectuales bajo el patrocinio del Consejo Mundial de la Paz cuya sede está en Helsinky, la capital de Finlandia. Llegar a la tierra de las Mil y una Noche era retroceder a la infancia de lecturas nocturnas. De noche el Tigris se ilumina con la gracia de los faroles en restaurantes y barcazas. Eran los tiempos del rescate del petróleo, de la conducta anti-imperialista y de la defensa de la paz. Cuando fuimos recibidos por el Presidente de la República, en la puerta del Palacio los guardias sólo tenían lanzas, a la usanza antigua. El comercio de alfombras y utensilios de plata sobresalía, y daba gusto recibir las atenciones de los dependientes, iniciadas con

UNIVERSIDAD SIMON BOLIVAR
BIBLIOTECA
BARRANQUILLA

el obsequio espontáneo de un vaso de agua. Nunca supe el por qué de esa costumbre, pero imagino su origen remoto de bienvenida al peregrino en los caminos del desierto. Un medio día estaba con doña Anita comprando regalitos y de pronto el señor que nos atendía salió y nos dejó solos. Nos asomamos a la calle, y estaba de rodillas con la cabeza inclinada en dirección a La Meca. Hasta el policía que dirigía el tránsito se había bajado de la plataforma en la ceremonia de la una de la tarde, y hacía lo mismo.

Ahmed Hassan El Bark, presidente de Irak, inauguró el Seminario sobre el petróleo. Después habló el doctor Romesch Chandra, Presidente del Consejo Mundial de la Paz, y yo lo hice en nombre de la delegación de América Latina. Eran los días heroicos de la reconquista de los recursos naturales en los pueblos del Tercer Mundo. Hoy desconcierta el comprobar que tantos sacrificios nada significan en el festín de la entrega neoliberal. Entonces, es cierto, las condiciones fueron apropiadas: división del mundo en dos grandes fuerzas opuestas, y divergencias en las propias filas de los dominantes. Los débiles suelen sacar provecho cuando los poderosos pelean entre sí. La independencia de las colonias africanas, asiáticas y de la India, cristalizó al terminar la llamada Segunda Guerra Mundial. Lo mismo sucedió con la nuestra, que gozó de la simpatía y el apoyo de Inglaterra, Francia y Holanda. Ahora las

tesis y estrategias de la sustitución de importaciones, integración regional, desarrollo con justicia social, proteccionismo condicionado, selección del crédito, reformas agrarias, etc., han sido arrinconadas ante el esplendor de un único bloque dominante de la economía mundial, que impone a su arbitrio conductas y razonamientos.

No obstante la profunda convicción en nuestros derechos y en la legítima decisión de nacionalizar las operaciones de las compañías petroleras extranjeras, dijo entonces el Presidente Irakí, comprendemos muy bien que ellas y sus gobernantes no respetarán en el futuro las decisiones autónomas de los pueblos. Por eso debo reconocer, agregó, que esta clase de reuniones constituyen contribuciones importantes a las causas liberadoras, porque pone a la ciencia y al pensar al servicio de una causa justa. Romesh Chandra, por su parte, ratificó los idearios de la paz en el mundo y la plena autonomía de las naciones. Yo dije que el petróleo, como los demás recursos naturales de los países subdesarrollados, se convertirán en baluarte para la paz cuando ellos sirvan para su propio provecho y desarrollo. El inventario de los recursos de América Latina, recordé, es prodigioso. La variedad de la riqueza de su suelo contrasta con la pobreza de la mayor parte de sus habitantes. Con su riqueza América Latina abastece buena parte de la deman-

da del mundo, pero no se basta a sí misma. Entrega la materia prima para fortalecer la industria de las potencias económicas. Como afirmaba Josué de Castro, es botín y pedestal del poder de otros. El treinta y tres por ciento del hierro está en su territorio; también el treinta y cinco por ciento de las reservas mundiales de cobre, el diez por ciento del plomo, el quince por ciento del zinc, y tiene las minas más importantes de estaño, níquel, tungsteno, plata, etc. Sólo Venezuela produce el doce y medio por ciento del petróleo del planeta...

Una comisión que representó las treinta y seis delegaciones de distintos países, integrada por Romesh Chandra, Presidente del Consejo Mundial de la Paz; Asiz Sharif, Primer Ministro de Irak; Mohamed Sami, Secretario General de la Organización de los Países de Asia y Africa; Alexandre Dzassokhov, de la Academia de Ciencias de la URSS; Francisco Pistolese, de Italia; Charles Sharma, de la India, y José Consuegra Higgins, de Colombia, redactó la declaración final.

De Bagdad, ya de regreso, un grupo de cuatro asistentes al seminario, del cual yo formaba parte, aprovechó la oportunidad para visitar a Siria, Líbano, Grecia y Turquía. Por cierto, al dejar el hotel, el delegado de Yugoslavia, discípulo del Mariscal Tito, nos previno del peligro de visitar a Turquía, país caótico, según él, de

violentos e inamistosos. Y, aunque sólo estuvimos una semana en Estambul, la capital, todo allí fue placentero. Nunca olvido el trato amable de la gente en la calle ni la tarde en que un par de jóvenes nos pagaron los pasajes en un bus urbano porque el conductor no tenía vueltas para un billete. Y quién iba a pensar, ¡*sorpresas del tiempo*! que años después la Yugoslavia de hermandad socialista padeciese el rigor de una horrenda carnicería y destrucción entre etnias y pueblos hasta hace poco integrados.

En Damasco, a pesar de la guerra latente con Israel, todo era muestrario de jovialidad. Los estudiantes sonreían. Una noche fuimos invitados a una fiesta familiar en un barrio alejado del hotel. Como caminamos las calles con la luz de la luna, yo pregunté qué pasaba. Entonces me dijeron que no se encendían los faroles por temor a bombardeos aéreos. Sin embargo, nunca vi en las calles soldados ni armas. Tampoco observé movimientos de tropas en todo el largo recorrido de la carretera que de Damasco conduce a Beirut, a pesar de atravesar los territorios de Siria y el Líbano, y de haber pasado, en cierto lugar, según contaba el intérprete, a unos veinte kilómetros de la zona de conflicto. Cuento esto, porque al regresar a Colombia, camino a mi residencia en la pacífica Barranquilla, tropezamos una camioneta con soldados que portaban una ametra-

lladora que apuntaba a los vehículos que seguían atrás en la casual caravana callejera.

Los libaneses con quienes conversé se consideraban de mejor familia en la comunidad árabe. Ellos creían que eran una extensión de Europa. A Beirut la llamaban la París del Oriente. Nos hospedamos en el hotel Fenicia, todo de mármol y orgulloso, como los otros, de sus casinos. Lo que más importaba a sus habitantes era contar con un automóvil lujoso. Poco querían saber de la conducta de sus vecinos en la defensa de sus riquezas naturales y de la identidad cultural. Cuándo iban a imaginar los libaneses -¡*sorpresas del tiempo*! -que pocos años después la barbarie de la guerra arrasaría los campos y las hermosas avenidas, mientras los desprevenidos habitantes del ayer se enrolaban en luchas religiosas que sembraron la miseria.

En Atenas nos ocurrió algo simpático. Una tarde paseábamos por las calles adornadas con naranjos de frutas maduras, y después de mirar la Universidad desde fuera, fuimos a la Academia. Como la puerta principal estaba abierta entramos a conocer, sin darnos cuenta, que a los pocos minutos, se iniciaría una sesión especial para recibir a un nuevo miembro. Allí todos vestían de etiqueta, menos nosotros. Un académico que hablaba castellano se nos acercó, y al decirle quienes éramos, muy

cortésmente nos invitó a sentarnos en sitio especial. Aunque no entendíamos nada de los discursos en griego, todo aquello resultaba agradable. Después sirvieron vino e hicimos tertulia. Naturalmente, en la casa de Platón, el momento era propicio para hablar de *La República* y de los *Diálogos*. Entonces uno de los académicos, un tanto sorprendido, me dijo: -"Es usted un erudito". Y le repliqué: -Erudito, no; subdesarrollado. Y tenía razón. Porque una de las características del subdesarrollo, con su elocuente arista de la dependencia intelectual, es saber más de lo ajeno que de lo propio.

UNIVERSIDAD SIMON BOLIVAR
BIBLIOTECA
BARRANQUILLA

Los pueblos piensan con nobleza

Pero, en el subdesarrollo también se cultivan sentimientos paradójicos: bajo el rigor histórico de las rapiñas conquistadoras, la expoliación colonialista del pasado y las injustas normas de predominio económico e intercambio comercial del presente, los pueblos pobres piensan con nobleza en el destino de la humanidad. Lejos del resentimiento y el odio se anhela la paz entre las naciones poderosas. Nunca olvido un personaje, que bien podría simbolizar esta apreciación. Una tarde lluviosa, como todas las tardes chocoanas, llegué a Condoto, al lado de Andagoya, sede de la empresa extranjera Chocó Pacífico, que durante muchos años extrajo oro por toneladas para dejar pedregales y miseria. Yo estaba al frente de una comisión de la planeación nacional encargada de preparar un plan de inversiones para dar cumplimiento a una ley, fruto de la iniciativa de Diego Luis Córdoba, el intelectual y político negro que hasta el día de su muerte

representó en el Senado de la República, con orgullo y honestidad ejemplar, a su raza y a su pueblo. Chocó es tal vez la región de Colombia más pobre y abandonada a pesar de haber sido la más rica en recursos de oro y platino. En el hospital derruído de Condoto había un solo médico, un bogotano, a quien una tos persistente casi no le permitía hablar. Yo esperaba nos recibiera con una obligante sarta de reclamos o un inventario de necesidades. Pero su preocupación iba más allá del cuidado de sus enfermos que atendía como apóstol. Lo embargaba el temor de la bomba atómica en esos momentos de guerra fría entre las potencias militares. En ese rincón del mundo, abandonado a su suerte, pero rodeado de selvas y lluvias protectoras de los inventos mortíferos del hombre, aquel hijo del trópico pensaba en Nueva York y Moscú bajo los efectos desintegradores del átomo. Ni en él, ni en ninguna de las enfermeras oriundas del lugar, la realidad del trato discriminatorio de empresas extranjeras, como la Chocó-Pacífico, que en Andagoya, una isla en la mitad del río, instaló sus huestes con toda clase de comodidades al estilo de las urbes modernas para manipular desde allí la succión de la riqueza nativa, había en sus sentimientos espacio para el rencor. Lo que ahora les importaba era la humanidad lejana o, mejor dicho, la existencia de los habitantes de las naciones cuyos gobiernos eran los propios protagonistas de esa situación.

La defensa de los Recursos Naturales

Como miembro que fui de la directiva del Consejo Mundial de la Paz y fundador de la Sociedad de Defensa de los Recursos Naturales y Valoración del Hombre, de Colombia, participaba con entusiasmo en las comisiones encomendadas. Con motivo de la reunión de la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo, UNCTAD, en Santiago de Chile, en 1972, una delegación integrada por Víctor Perlo, de los Estados Unidos; Azis Sherif, de Irak; Olga Poblete, de Chile; Alfredo Varela, de la Argentina; Fassou Loua, de Guinea; Eugen Kossarev, de la Unión Soviética; José Herrera Oropeza, de Venezuela; Felipe Freyre, de la Argentina; Virgilio Roel, del Perú; y José Consuegra, en representación de Colombia, dejó constancia de que la abolición del atraso económico y social de la familia de las naciones era indispensable para la paz.

Entonces defendíamos la soberanía sobre

los recursos naturales de los países subdesarrollados y el derecho a realizar transformaciones sociales necesarias. Por cierto, todo lo contrario del presente, cuando la apertura librecambista entrega las riquezas a la voracidad de los monopolios extranjeros casi sin condiciones. Es cierto que existe un despertar en el campo de la ecología, y son muchas las personas que se organizan para impedir la irracionalidad del hombre, pero los alcances de los precursores eran más amplios. Ahora los ecologistas vigilan la preservación de la naturaleza: por ejemplo, en la explotación de una mina de carbón, existe por parte de ellos la preocupación para que los residuos dañinos a la salud no perturben el entorno y a sus habitantes. Nuestras metas eran esas también, pero, además, incluíamos la reclamación del aprovechamiento propio de dicho recurso natural para nuestro desarrollo. Son dos concepciones semejantes en el campo puramente ecológico y, no obstante, distintas en lo político: en el presente, con el neoliberalismo capitalista impuesto en la estrategia de los países subdesarrollados y dependientes, hay plena libertad para explotar los recursos naturales, importando poco que estos sean para exclusivo beneficio de los otros. Y, sea esta, la oportunidad para rendir un homenaje de gratitud a los intelectuales colombianos (algunos muertos ya; los otros en la brega) que desde décadas atrás irrumpieron en los caminos de la salvaguardia de los recur-

sos naturales. Los recuerdo plenos de entusiasmo indagando hechos nocibles para denunciarlos en ensayos que publicaba la revista Desarrollo Indoamericano y los periódicos. La sede de la organización estaba en Barranquilla, y de su directiva, que entonces yo presidía, formaban parte Joaquín Molano Campuzano, Benjamín Sarta, Enrique Pardo Parra, Hugo Angel, Ernesto Saa Velasco, Gerardo Molina, Darío Samper, Julio César Turbay Quintero y Ana Bolívar de Consuegra. En 1973 hace veinte años, se fundó la filial de Bogotá. En una tarde de esperanzas se reunieron conmigo el sacerdote y científico Jesús Emilio Ramírez y los doctores Julio Carrizosa Umaña, Director del Inderena; Darío Samper, rector de la Universidad Libre; Gerardo Molina, ex-rector de las universidades Nacional y Libre; Joaquín Molano Campuzano, Fundador de la Universidad Jorge Tadeo Lozano; Delio Jaramillo Arbeláez, ex-Ministro del Trabajo y Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Santo Tomás; Rafael Baquero, Director del Instituto Cultural Colombo-Soviético; Carlos Echeverri Herrera, profesor del Colegio Mayor del Rosario; Arturo Valencia Zea, tratadista de Derecho Civil; Néstor Madrid Malo, escritor; Mario Carbonell Salas, profesor de la Universidad La Gran Colombia; Julio César Turbay Quintero, estudiante universitario; Carlos Calderón Mosquera, profesor de la Universidad Libre; Hernando Abisambra, funcionario del Instituto

Colombiano de Servicios Sociales; Federico Billón, geógrafo y profesor de la Universidad Inca; Gonzalo de las Salas, de la Universidad Industrial de Boyacá; Enrique Pardo Parra, ex-Ministro de Minas y Petróleos y Senador de la República; Jorge Villegas, escritor y catedrático; Alvaro Godoy, Antonio Rodríguez, José Luis Robayo, profesores universitarios; Daniel Samper Pizano, columnista del diario El Tiempo; Benigno Acosta Polo, columnista del diario La República; Héctor Muñoz, columnista del diario El Espectador; Humberto Plazas Olarte, director del periódico El Sol; Eduardo Vanegas, Presidente de la Sociedad de Marinos de Colombia; Hernando Restrepo Botero, Luz Colombia de González y Alejandro Gómez, catedráticos. Los miembros del nuevo comité, integrado por lo que bien podría calificarse buena parte de la intelectualidad colombiana, aprobó un programa de trabajo inmediato que comprendía estudios sobre algunos recursos, entre ellos, los explotados por empresas extranjeras, análisis de los contratos cuestionados entonces, y divulgación del ideario de la protección del patrimonio nacional por todos los medios posibles: cátedra, periódicos, radio, televisión.

El Chile de Allende

Varias veces fui a Chile en el gobierno de Salvador Allende, unas como miembro del Consejo Mundial de la Paz y de la Unidad Latinoamericana, y otras por mi cuenta. Estas últimas en compañía de Doña Anita. No he vuelto allá después del magnicidio y por eso no me atrevo a comparar. Pero nunca olvido el contento de las caras juveniles, la complacencia de los intelectuales y la solidaridad proletaria con el nuevo régimen. Parecía como si estos grupos representativos de la sociedad gozaran en plenitud el acontecimiento que admiraba el mundo. Chile era el primer país de América donde el socialismo llegaba al mando del gobierno por la vía de las urnas electorales. No había nada que se pareciera a dictadura. Existía plena democracia y confianza. Mucho se hablaba entonces del ejército profesional, respetuoso de la vida civil. Pocos sospechaban de la existencia de un Pinochet. Cada uno expresaba libremente su pensamiento, aunque me-

ses antes del golpe militar, las actividades solapadas de la I.T.T. y las actuaciones de terroristas de extrema perturbaban el ambiente.

A pesar de que casi todas las conversaciones giraban alrededor de la política, un día nos fuimos para la casa del sabio Alejandro Lipchutz, en el barrio Ñuñoa, en Santiago. Allí estaba él y su señora, ambos de noventa años, pero lúcidos y vitales en compañía de Delia del Carril, *La Hormiguita*, como la llamaba Pablo Neruda cuando eran esposos, por su incansable capacidad de trabajo. Entonces hicimos del encuentro una especie de tertulia al estilo de las épocas románticas de versos recitados, tazas de chocolate y galleticas dulces. *La Hormiguita* habló de sus pinturas recientes, para iniciar de inmediato la lectura de poemas. Meses antes yo le había mandado al profesor Lipschutz varios libros de autores colombianos, entre ellos los editados por la Universidad del Atlántico, cuando era su Rector. *La Hormiguita* tenía entre sus manos los de Meira Delmar, la poetisa barranquillera de exquisito lirismo, y como para halagarme, comenzó a leer versos de *Sitio del Amor*, *Secreta Isla*, *Alba del Olvido* y *Verdad del Sueño*. Pasaba de una página a otra, ya doblada, que tal vez señalaban su preferencia, y leía:

-Amarte fue lo mismo que ver sobre el ocaso un vuelo detenido de mariposas blancas...

...este extraño amor, de frío y llama,/ de nieve y sol, que nos tomó la vida,/ aleve, sigiloso, a espaldas nuestras,/ en tanto que tú y yo, los distraídos,/mirábamos pasar nubes y rosas/ en el torrente azul de la mañana...

...porque el amor es río que de pronto desencadena sus corceles de agua por un cauce de fuga./ Y nadie ha visto regresar a un río.

Entonces hizo una pausa que yo aproveché. En la romántica juventud de los años cuarenta las parrandas eran para leer en las tardes, bajo el respaldo cómplice de las cervezas, los versos de los grandes poetas y, a veces, los nuestros que solíamos publicar en los periódicos estudiantiles. Los bolsillos de las chaquetas los teníamos repletos de los cuadernillos que dirigía Simón Latino, seudónimo del jurista de Sincé Carlos H. Pareja, propietario en Bogotá de la librería y la editorrial La Gran Colombia. En uno de esos folletos estaban los poemas de amor de Neruda. Aunque no soy buen memorista, quise corresponder a la galantería y, para estar a tono, recordé, de manera arbitraria, versos de diferentes poesías:

-Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero porque en noches como esta la tuve entre mis brazos

Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos
Es tan corto el amor y es tan largo el olvido...
Mi alma no se contenta con haberla perdido.

Por un buen rato el monólogo se convirtió en diálogo: *La Hormiguita* leía un verso de Meira Delmar y yo le contestaba con otro de Neruda, mientras el doctor Lipschutz, su señora y doña Anita, se reían de nuestras ocurrencias.

* * *

Como el hotel Carrera, donde nos hospedábamos por obra y gracia del control de precios, quedaba diagonal al Palacio Presidencial, en ciertas ocasiones recibía el saludo, desde lejos, que el Presidente Allende mandaba a los transeúntes cuando entraba o salía de la Casa de la Moneda. El había recibido en su despacho a la Comisión del Consejo Mundial de la Paz, y en esa ocasión por unos minutos conversamos a solas. Se mostraba pleno de contento y de convicciones, tal como lo expresó en su discurso ante la UNCTAD. Así lo comenté después en la introducción que le hice cuando fue publicado en *Desarrollo Indoamericano*. Porque no se trató de un discurso de protocolo, sino de una auténtica pieza de profundo contenido doctrinario, de análisis de los problemas de los países subdesarrollados, y de un llamado a sus pueblos para que tomaran conciencia de unión y solidaridad en la defensa de sus derechos.

Con la claridad y el valor de que dio muestra hasta el día de su muerte, en su discurso preguntaba a los asistentes a la Tercera Reunión sobre Comercio Internacional de los Países del Tercer Mundo, si ante las características de dependencia podría aspirarse a mejores destinos, para recordar, con énfasis, que la solución dependía en primera instancia de la responsabilidad que asumiera cada pueblo en la superación de los obstáculos estructurales que los mantenían en el atraso. Y se reafirmó en los principios a favor de la recuperación de las riquezas básicas, la búsqueda de equidad en el comercio con los países desarrollados, las reformas monetarias y denunció las presiones de los poderosos para impedir a los otros países el ejercicio del derecho de disponer libremente de sus recursos. El ser humano, dijo, debe ser sujeto y fin de toda política de desarrollo y de toda deseable colaboración internacional. Corresponde a nosotros, los pueblos postergados, agregó, luchar sin desmayo por transformar esa vieja estructura económica anti-igualitaria, deshumanizada, por una nueva, no sólo más justa para todos, sino capaz de compensar los efectos de la explotación secular de que hemos sido objeto. "En Chile queremos echar las bases de una sociedad que ofrezca a sus hijos igualdad social, bienestar, libertad y dignidad. Consecuentes con lo que ha sido nuestra historia y tradición estamos realizando esa transformación revolucionaria profun-

dizando el régimen democrático, respetando el pluralismo de nuestra organización política dentro del orden legal y con los instrumentos jurídicos que el país se ha dado, no sólo manteniendo sino ampliando las libertades cívicas y sociales, individuales y colectivas. En esta nación no hay un solo preso político, ni la menor limitación a la expresión oral o escrita. Todos los cultos y creencias son practicados en la más irrestricta libertad y ante el mayor respeto. Contamos con un régimen multipartidista, un avanzado estado de derecho y un sistema judicial absolutamente independiente de los otros poderes del Estado; la oposición es mayoría en el Parlamento".

A pesar de esa realidad de convivencia democrática y de respeto a la opinión distinta que pude comprobar en las varias visitas a Chile, los grandes intereses foráneos -por cierto ahora, en este retorno al librecambio del siglo XIX, tan mimados en sus actuaciones- no cerraban los ojos en su conducta conspiradora. En esa misma edición de *Desarrollo Indoamericano*, coincidencialmente, en las páginas que seguían al discurso del Presidente Allende, los profesores norteamericanos Dale Johnson, John Pellock y Jane Sweezy, de la Universidad del Estado de New Jersey (Livington College, Department of Sociology, Ruters University, The State University of New Jersey), publicaban un artículo acompañado de algunos de los docu-

mentos relacionados con la intervención de una empresa extranjera en la vida política de un país soberano. Se referían a la Internacional de Teléfonos y Telégrafos, una de las mayores corporaciones multinacionales, dueña en Chile de la Compañía de Teléfonos (en Colombia siempre fueron del Estado), la Compañía Standar Electric, los grandes hoteles, All American Cables and Radio, World Directories Inc y muchas otras compañías de servicios. No es difícil imaginar, pues, decían los autores, a los representantes de la ITT sentados en una lujosa *suite* del Hotel Carrera en franca conversación de la política chilena en compañía de los agentes de la CIA y conspiradores de la derecha chilena, ya que hay que recordar, que el exdirector de la CIA, John McCone, es Presidente del Directorio de la ITT. A continuación los investigadores y catedráticos reproducían las pruebas de las maniobras de las empresas norteamericanas, en concordancia con el gobierno de ese país, encaminadas, primero a impedir el triunfo de Allende, y después la toma de posesión. "Nada se disimula ni escatima: en un memorando confidencial, los de la ITT informan que hicieron saber a Mr. Kissinger que están deseosos de ir a Washington a discutir sus intereses y que están preparados para ayudar económicamente con cifras hasta de siete cifras". En otro mensaje, puede leerse: "Tarde en la noche del martes 15 de septiembre el embajador Edward Lorry recibió finalmente la

orden del Departamento de Estado que le daba luz verde para actuar en nombre del Presidente Nixon, con autoridad máxima para hacer todo lo posible para impedir que Allende tomara el poder".

A propósito de la mención que hacen los profesores norteamericanos del Hotel Carrera, recuerdo la anécdota de lo sucedido una vez cuando me hospedaba en él en compañía de doña Anita. Una tarde salimos rumbo a Buenos Aires y Montevideo, ciudades donde dictaría conferencias. El microbus del hotel transportaba los pasajeros al aeropuerto. Días antes los terroristas provocadores habían asesinado a un militar, y en la calle que conducía al aeropuerto, la policía detenía los vehículos para revisarlos y solicitar la identificación de los pasajeros. Cuando le tocó el turno al microbus, la señorita guía dijo que era del Hotel Carrera, y de inmediato se le dio orden de pasar. Entonces yo protesté e hice saber que eso no era correcto, porque en todos los sitios podían guarecerse los enemigos del régimen. En ese momento se me vinieron a la memoria las observaciones de los catedráticos de la Universidad de New Jersey, y me animé para levantar la voz. Los otros pasajeros, entre ellos algunos norteamericanos, me miraron sorprendidos, al igual que los propios agentes de la policía y el oficial que daba las órdenes, no así el chofer

que pareció comprender mi reacción quijotesca, pues al final del viaje, me dijo: "Gracias, compañero!".

encuentro, molesto por lo que observé, camino al hotel le solicité al doctor Contreras que me hiciera el favor de informarme la razón de las sonrisas, ya que deducía que él y el Decano no encontraron válidos mis argumentos para hacerme cargo de una materia que supone un amplio conocimiento del desarrollo histórico del pensamiento económico y de las distintas asignaturas de la Ciencia Económica. Entonces el doctor Contreras, aún más sonreido, me dijo:

-"Nada de eso, doctor Consuegra. Es que la cátedra de Doctrinas Económicas, que usted tanto venera, en nuestra Facultad la dicta un estudiante de último año...".

También en la soledad de la habitación tuve presente las imágenes de la televisión que en los noticieros mostraban a encapuchados en pilatunas en la Ciudad Universitaria. Cosa distinta de mi época de estudiante, sin que entonces no fueran tan revolucionarios o más activistas los universitarios. No obstante, se defendían las ideas con ideas y dando la cara, y casi siempre fuera del claustro, en los sitios adecuados para hacerlo. Los predios de la Ciudad Universitaria se cuidaban y en sus residencias se aprovechaba la oportunidad para responder al privilegio concedido, ya que sólo una parte de los alumnos se hospedaba en esas instalaciones.

Yo había sido profesor del actual Senador doctor Julio Cesar Turbay Quintero, hijo del Presidente, y todavía conservo en mis archivos un discurso en el Congreso del doctor Turbay Ayala, en el cual hizo saber que un colega lo tildaba de hombre de derecha, cuando él contaba con la amistad y la asesoría del jurista Alvaro Pérez Vives y del economista José Consuegra.

Todos esos recuerdos me permitieron acariciar la ilusión de regresar a la Universidad que tanto le debía a trabajar con mis amigos por la recuperación de su imagen y grandeza del pasado. Ahora deduzco que los comentarios del doctor Uribe Vargas a lo mejor fueron hechos como simple y amistosa galantería.

* * *

Desde su fundación la Universidad Simón Bolívar se ha preocupado por adelantar actividades más allá de su sede. En su momento de mayor esplendor organizó escuelas, colegios, bibliotecas y museos en barrios marginados de Barranquilla y corregimientos y municipios del Atlántico. En la población de Isabel López construyó un edificio de cinco pisos y allí funciona el Colegio de Bachillerato para la educación gratuita de los niños de la región. A Isabel López han llegado los intelectuales de América Latina a compartir con los estudiantes y sus

padres campesinos. El maestro Ramón Martínez Escamilla, del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, cuando lo visita no quiere regresar. Pasa horas y horas conversando con los campesinos y goza mucho del afecto y las atenciones de los labriegos. Alguna vez me comentó: "Como van las cosas y por lo que me dicen mis amigos, ante la voraz arremetida de los terratenientes de la ciudad, ya aquí no quedará nadie con una parcelita pero todos serán bachilleres y doctores". La verdad es que los hijos de los campesinos cuentan con el privilegio de becas especiales, y ya son bastante los egresados de las distintas facultades. Un comentario parecido le escuché una mañana a mi vecino Jesús *Chucho* Rubio, famoso en el barrio por la afición a las sabrosuras -frutas, bollos y cocadas- que pregonan en las calles las morenas oriundas de Palenque. Al observar Chucho que mis amigas palenqueras (entre ellas Ana Valdés Casiani) llegan a mi residencia del barrio Paraíso en solicitud de becas para sus hijos, comentó: "Dentro de cinco años ya no podremos gozar la comodidad de comprar en la puerta de la casa los bollos de mazorca para acompañar el chicharrón mañanero, porque de seguro los nuevos doctores palenqueros de la Simón Bolívar no dejarán a sus madres cargar en la cabeza platones con pesos hasta de una arroba. Bueno, qué vamos a hacer. Con tal de que mi sacrificio sirva para algo bueno...".

* * *

En mi lucha permanente en favor de la descentralización inicié una campaña propiciadora de la unidad de las universidades de la Costa, con el objeto de adelantar una labor conjunta que permitiera aprovechar los recursos docentes y defender autonomías ante la exagerada intervención centralista.

En la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar varias veces reuní a rectores de otras instituciones, a los cuales expliqué el proyecto de creación de la Federación de Universidades de la Costa. A una de ellas fue invitado el señor Presidente de la República, doctor Belisario Betancur, quien me dirigió la siguiente carta el día 23 de octubre de 1985:

Señor doctor
JOSE CONSUEGRA HIGGINS
Rector de la Universidad Simón Bolívar
Barranquilla

Apreciado Rector:

Quiero felicitarlo por la realización de los actos académicos que me anuncia pero infortunadamente no me va a ser posible aceptar la muy amable invitación que me formula usted para el próximo viernes, y por la cual quiero manifestarle mi agradecimiento.

Entiendo muy bien la importancia que van a tener los diversos actos incluidos en ese certamen: la iniciativa de crear la Federación de Universidades de la Costa, abre una rica serie de posibilidades para que se haga sentir en el campo de la educación superior la manifestación de una identidad, de unas necesidades y de unos propósitos regionales que deben llevar a una mayor flexibilidad en las modalidades un tanto rígidas que predominan con la universidad pública y con la privada.

Asimismo, debo felicitarlo, y lo hago muy sincera y cordialmente, por la creación del Museo Bibliográfico Bolivariano, el Museo de Escritores y Periodistas de la Costa y la Biblioteca de Humanidades.

Compatriota y amigo,

BELISARIO BETANCUR

La Federación de Universidades de la Costa tuvo corta vida. El organismo con sede en Bogotá que agrupaba las universidades no simpatizó con la iniciativa surgida del propio seno de instituciones regionales. Pero la semilla germinó. Y después, se patrocinó la organización de una asociación de instituciones de educación superior de la región, pero esta vez, sin *sorpresas del tiempo*, porque así suele suceder

en estos casos, ignorando la iniciativa anterior y a la universidad precursora.

La Universidad Simón Bolívar inició labores en una casa arrendada a don Luis de Vivo por la suma de cinco mil pesos mensuales. Después se alquiló la de la parte de atrás de propiedad de doña Petra de Blanco Núñez. Nueve años después, con la presencia honrosa de personalidades de América Latina, se inauguró la sede académica. Ese día, 20 de agosto de 1982, dijo las siguientes palabras:

Con la modestia, y a la vez el orgullo, del campesino que ofrece en la vera del camino los frutos de su cosecha, hago entrega a Barranquilla, a la Costa y a Colombia, de estas instalaciones para el mejor desempeño de las actividades culturales y académicas de la Universidad Simón Bolívar.

Es nuestra pequeña obra, pero nuestra. La hemos moldeado con nuestras propias manos, y se desprende de nuestra formación y pensamiento. Por eso, a sus entradas, y como sitios principales, están la Biblioteca José Martí, y la Librería Arsenio Gutiérrez. El libro es nuestro símbolo. A él rendimos culto. Lo amamos, y creemos en su misión sagrada. Es la espera y el servicio con plena sumisión. Cantera del pasado y el presente, y fuente para el análisis y la deducción futura. Ahí estarán ellas aguar-

dando a profesores y estudiantes comprometidos con el estudio de la realidad en busca de soluciones alos problemas sociales que agobian y emplazan.

Esta nueva sede es casi el resultado del milagro. Nunca recibimos un centavo del gobierno para su construcción, ni donaciones de ninguna clase. Intentamos usar dineros de crédito, pero las reiteradoas solicitudes ante los bancos, uno, por cierto, estatal, jamás fueron atendidas, a pesar de contar con nuestros depósitos, y nuestros propios ahorros y los del pueblo, que se multiplicaban con la magia de la reserva legal. Y, más aún, no obstante de cobrar las matrículas de menor precio entre las universidades no oficiales del país, congeladas desde el día de su fundación, supimos cultivar la austeridad para sembrar ladrillos y decorar paredes. Durante estos diez años, por ejemplo, los sueldos del Rector, decanos y directivos, han sido inferiores a los de cualquier profesor de una universidad pública. En muchas ocasiones, a veces años, sus directivos y algunos catedráticos, dejaron de recibir salarios. Y, naturalmente, sus estudiantes soportaron con paciencia las incomodidades de las aulas inadecuadas.

Pero los sacrificios son más que compensados. Yo recojo esta noche la alegría de mis compañeros y amigos, para extender la mano

agradecida a los que nos brindaron su confianza. Y para reconocer el empeño y el entusiasmo creador de Ignacio Consuegra Bolívar y sus colaboradores, arquitectos, artesanos y obreros; de Gustavo Raad, Manuel Marthe Zapata, Carlos Eduardo Esmeral, Miriam Albán, Uriel Mendoza, y de todos los que, en una u otra forma, han dejado aquí sus huellas.

También hoy, por primera vez, se ha izado nuestra bandera; con un verde de mares, montañas y esperanzas, y el rojo de la sangre que bulle en los momentos de las dificultades y el compromiso creador. Ante su sombra protectora buscaremos siempre estímulos para recordar el viejo lema de entender estos predios como una casa de estudios del pueblo, para la investigación científica, la formación técnica y la promoción cultural e ideológica.

Llevamos un nombre que es un reto diario: Simón Bolívar. Ese Bolívar que José Enrique Rodó veía grande en todas las facetas de su vida: "Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio; grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza."

Que el gran Libertador proteja nuestros actos!

UNIVERSIDAD SIMON BOLIVAR
BIBLIOTECA
BARRANQUILLA

Recuerdos de Ciudades

En estos días doña Anita me reclama que hace rato no viajamos. Yo me apego cada vez más al agradable retiro de la biblioteca. Desde aquí escucho el murmullo de las olas. El poeta Julio Flórez le oía al mar un "eterno clamor de encarcelado". A mi me parece su rumor distinto: de jugueteo habitual... unas veces presuroso, cuando las brisas lo llevan de la mano; otras, en contagiosa placidez que obliga a la lectura.

La otra noche en Barranquilla, sacamos a pasear a la esposa del doctor Valdemar Marcha, Rector de la Universidad de Curazao. Y fue esa una oportunidad también para descubrir barriadas. En la vida rutinaria llega el momento en que uno se limita al recorrido de la oficina a la residencia sin darse cuenta de lo que sucede más allá. Estaba tan sorprendido por las cosas nuevas -centros comerciales, calles repletas de jóvenes en las ventas de *comida*

rápida, barrios residenciales con edificios modernos- que se me ocurrió invitar a Doña Anita a conocer primero nuestra ciudad.

Pienso que esto debe sucederles a muchos viajeros. Porque siempre se tiene por costumbre, cuando se sale, olvidar los descansos para sacar buen provecho de la estada, deambulando por las calles en busca de museos y sitios pintorescos de las ciudades visitadas.

Las ciudades cambian ahora con prisa desconcertante. Se ensanchan y modernizan. Tal vez volverlas a ver sería romper el encanto de un recuerdo distinto. A París llegué por primera vez una tarde de verano fresco. Toda la noche y buena parte del día los pasé viajando en *jet.* Para estar en pleno corazón del Barrio Latino escogí el Gran Hotel Saint Germain. En esa bendita reliquia de la arquitectura el ascensor le llevaba la contraria a los demás ascensores parisienses, famosos porque suben cargados pero bajan vacíos. El Gran Hotel sólo prestaba servicio de bajada y a mí, que casi no podía abrir los ojos por el cansancio, me tocó subir cuatro pisos con una maleta monumental repleta, de esas que las señoras preparan a sus despistados maridos para que no les falte nada. Al llegar a la habitación, la gentil conserje que me acompañaba abrió orgullosa las ventanas, y me dijo: "Desde aquí puede usted contemplar los techos de París". Como es fácil

suponer yo no estaba para techos, pero antes de rendirme al sueño comprendí que había llegado a un sitio muy especial.

A propósito de ascensores el doctor Alvaro Castro Socarrás, sociólogo educado en París, me contaba que una vez una señora francesa le preguntó si era cierto que en su país vivían en los árboles, y él le respondió:

-Así es, madame.

-¿Y cómo suben y bajan?

-En ascensores, madame. Pero tienen una pequeña diferencia con los de París, madame: allá suben y bajan a las personas...

En cada nueva visita a París, como también lo hacía en otras ciudades, buscaba hospedaje en lugares diferentes para tener la oportunidad de conocer más calles y lugares famosos. Con doña Anita pasé una temporada en Montmartre. Allí hicimos parte de nuestra convivencia a la Place du Teatre, la de los pintores bohemios, el Sacré Coeur y la Opera. Claro está que doña Anita incluía en el itinerario las Galerías Lafayette. Siempre, desde muy temprano, salíamos a caminar en busca de sorpresas. Nos gustaba leer en los restaurantes famosos los vistosos letreros del *Café de Colombia.* Una vez en la Tour Eiffel, en el restaurante

que ofrecía en la carta el café colombiano, el administrador nos invitó a una copa de vino de varios años de añejamiento. Por un buen rato conversamos sobre vinos y café. Entonces a Colombia se le conocía por la calidad de su *suave* y aromático producto y a los colombianos se les trataba con afecto. Tiempos distintos a los del narcotráfico que, según me cuentan amigos viajeros del presente, en ciertas partes a los colombianos se les mira con prevenciones.

En muchas ciudades europeas el anuncio del *Café de Colombia* estaba presente en establecimientos especiales. Yo me sentía orgulloso y hacía de esos expendios un lugar favorito. En ellos encontraba motivo para añorar el paisaje ondulado y siempre verde de la zona cafetalera que tantas veces recorrí en mi época de planificador. Por cierto que algo tuve que ver con dos grandes jerarcas de la Federación Nacional de Cafeteros: en el Consejo Nacional de Política Económica y Planeación compartí responsabilidades con el doctor Arturo Gómez Jaramillo, Gerente de dicha institución. Y unos años antes, cuando estaba a mi cargo la asesoría en la organización de los organismos planificadores en los departamentos y municipios, tuve la grata oportunidad de recomendar, muy especialmente al señor Alcalde de Medellín, al doctor Jorge Cárdenas Gutiérrez, joven brillante que se iniciaba con entusiasmo en esos menes-

teres. Y, gratas ¡*sorpresas del tiempo*!, poco tiempo después el doctor Cárdenas Gutiérrez pasó a cargos directivos en la Federación hasta llegar a la Gerencia General.

En estos días compartí unas horas con doña Mayre Claire De Andreis, quien llegó desde París en busca de libros sobre Manuela Saenz. Primero la llevé al Museo Bibliográfico Bolivariano de la Casa de la Cultura, donde gozó acariciando con su mirada las distintas ediciones de los volúmenes sobre la apasionante existencia de la Libertadora del Libertador. Después, en mi biblioteca frente al Caribe, hablamos de París. Me hace saber que cuentan con un buen Alcalde cuidadoso del patrimonio histórico. Los ascensores en los barrios antiguos, comenta sonreída, siguen igual, pero la ciudad moderna crece y cambia. Estas buenas noticias me alegran. No pasa lo mismo con otras ciudades atropelladas por el gigantismo y las costumbres del presente. Por ejemplo, hace treinta y tres años conocí a Miami, especie de paraíso semitropical. Venía del Japón y allí me esperaba mi madre y doña Anita. Después de varios meses de estudio de la economía en pleno proceso de recuperación de ese país -que incluyó la visita a las grandes industrias en todo el territorio japonés- nada más adecuado que una ciudad apacible. Rumbo al lejano Oriente había pasado por Los Angeles, San Francisco y Honolulu. En el aeropuerto de Los Angeles creí

llegar a una ciudad mexicana. Casi todos los que esperaban a los viajeros hablaban castellano con acento mexicano. La extensión de la urbe era impresionante. Dos días después cuando salí para San Francisco sucedió algo graciosamente angustioso que permite confirmar lo dicho acerca de la vastedad del perímetro. Por estar conversando con la persona que se sentó a mi lado no puse atención al informe de las azafatas. A los pocos minutos del ascenso el avión comenzó a descender. Como sabía que el tiempo de vuelo a San Francisco era de una hora, pensé en lo peor: que el avión haría un aterrizaje forzoso. En verdad lo ocurrido era distinto a lo supuesto por mi imaginación medrosa. La espaciosa aeronave llegaba a otro aeropuerto de la ciudad a recoger pasajeros.

A San Francisco la encontré simplemente encantadora. Puentes interminables, tranvías con sabor del pasado y restaurantes chinos por todas partes. Pero la magia del embrujo lo guardaba Hawai. Al pie de la escalerilla del avión un nativo con vestimenta típica en compañía de bellas mujeres colocaba a cada uno de los pasajeros un collar de flores, símbolo de fraternidad y saludo de bienvenida. Llegué por un día pero estuve una semana detenido, con la complicidad del gozo, a la sombra de palmeras enamoradas del azul de las aguas y la blancura de la arena.

La Miami de entonces, como la recuerdo, parecía programada para el descanso y el sosiego. En los pasillos de los hoteles los ancianos conversaban animosos. Aquello era como el encuentro de los hombres y mujeres que compartían la oportunidad de una justa retribución después de haber entregado sus energías al trabajo. El comportamiento colectivo lo encontraba amistoso. En las calles los jóvenes detenían los automóviles para que los transeuntes pasaran. Nos hospedamos en el hotel *White House*, de fachada al estilo de la sede presidencial. De día y de noche paseábamos por *Lincoln Road* y las avenidas comerciales sin temor a los delincuentes. La otra tarde conversaba con mi vecino, el arquitecto Rafael Dinneny, y con un poco de nostalgia fácilmente perceptible, me dijo que él también disfrutó aquellos años, porque ya no existe el Casa Blanca ni el acontecer confiado de turistas y residentes.

De los Estados Unidos conocí, además, a Washington y Nueva York. Una vez le comenté al abogado Ramón Castro Hernández que en las noches Broadway daba la impresión del Boliche iluminado. *Boliche* es un barrio de Barranquilla, de día centro de toda clase de labores artesanales y actividades comerciales, y de noche albergue de cantinas alborotosas y caras extrañas. Recuerdo que la primera noche neoyorquina fue de sorpresas ajenas a lo espe-

rado. Escogí el Hotel Paramount, cercano a los cines y espectáculos para sacar provecho a la afición por el arte de Hollywood. Como venía de Moscú el contraste asombraba. En las calles la policía montada en gigantescos caballos se la pasaba persiguiendo a los negros que se burlaban de ellos y parecían disfrutar de las refriegas. Al doctor Castro Hernández supongo que no le hizo gracia mi insólita comparación, y cada vez que lo encuentro en las calles se detiene, y con sonrisa sarcástica, me pregunta como es el asunto del Boliche y ciertas calles de la poderosa capital financiera y económica del mundo. Lo que él ignora es que una tarde mientras saboreábamos el chocolate caliente que prepara doña Anita y contaba esta anécdota a los doctores Cristian Ujueta, Juan Pablo Llinás y Miriam Llinás de Ovalle, el doctor Juan Pablo protestó:

-"La otra noche estuve en esa vieja barriada de Barranquilla con un amigo extranjero que quería conocerla. Y recorrimos sus callejuelas sin encontrar perturbaciones, ni jadeos. Pienso, José, que no eres justo con el Boliche...".

En Washington estuve de paso. Sólo un domingo. Fui a conocer la Casa Blanca y el Capitolio, y en frente de esos edificios me pasé la mayor parte del tiempo. Todo allí era tranquilidad, sin que nada perturbara la presencia del turista. Mientras esperaba que el

vendedor ambulante de *perros calientes* -que había instalado su vehículo debidamente acondicionado para prestar ese servicio en una de las esquinas adyacentes al predio cercado de la residencia presidencial- me preparara uno como almuerzo, pensé lo difícil que resultaba imaginar desde otra parte lejana, que allí se manejaba la vida política, administrativa y económica de la nación más poderosa del planeta y de buena parte del planeta mismo. Era un día de verano caluroso y la capital de los Estados Unidos semejaba una ciudad de provincia, de cielo transparente, sin prisa ni afanes.

En la noche, mientras viajaba de regreso a Nueva York, el aire acondicionado del autobús se dañó. El calor se hizo insoportable. Entonces una familia negra que llevaba un termo grande lleno de refresco (tal vez para que lo tomaran sus hijos en el largo viaje), ofreció el contenido a todos los pasajeros. Los propios niños se encargaron de repartir los vasos con el precioso y refrescante líquido. De inmediato una pareja de jóvenes blancos sacó de un maletín de mano una bolsa con emparedados e hizo lo mismo. Así, lo que en un comienzo fue causa de molestia se convirtió en motivo para romper el hielo de la individualidad de los viajeros y propiciar comentarios graciosos y solidarios ante el infortunio inesperado. Aquel suceso me pareció elocuente y aleccionador al

recordar los absurdos procederes de los racistas.

* * *

Roma exige mucho tiempo para conocer su patrimonio histórico. A lo mejor toda una vida es poco. En cada calle y en cada casa hay alguna muestra de su pasado. Aunque las calles repletas de carros veloces perturban la curiosidad del visitante, de noche el afán disminuye y las plazuelas muestran su encanto legendario. Llegar a Roma por primera vez es encontrarse con la cuota ancestral latina. Quiero decir, de alegre parloteo. E incluso, de picardía. La primera mañana que tomé un taxi para ir a las oficinas de una empresa de aviación, pagué el valor de la carrera con un billete de diez mil liras. El chofer me dio vueltas como si hubiese sido de cinco mil. Al reclamarle, sacó del depósito donde guardaba el dinero un billete bastante usado de cinco mil, que nada tenía que ver con el muy nuevo de los que acababa de recibir de un banco de cambio. Aquello me hizo gracia y más bien le ofrecí disculpas al avispado conductor.

En Roma encontré al doctor José Maciá Moscote, discípulo en la Universidad de Cartagena. Jovial y siempre dispuesto a reir de todo, hizo de cicerone según su leal saber y entender. Sus ocurrencias hacían más agrada-

bles las explicaciones. El doctor Maciá gozaba mucho cuando le cometaba que si el giro que le mandaban de Colombia llegase a demorar no tendría ningún problema, puesto que sus cualidades de cicerone lo sacarían de aprietos, como aquel personaje que una vez, cuando visité el cerro de la Popa en Cartagena en compañía del Presidente de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, se ofreció de guía y explicaba el nombre del Salto del Cabrón, en su decir rudimentario, de la siguiente manera:

-Se llama así porque Bolívar encontró un español en esta orilla del precipicio, y gritó: "Salta Cabrón", mientras le daba una patada en el culo...

La verdad es que mi amigo Mario Briceño Perozo, el gran historiador y bolivariano venezolano, al terminar la visita a los sitios históricos de Cartagena, recordaba complacido la inventiva graciosa del espontáneo acompañante de la Popa.

Con el doctor Maciá y doña Anita paseamos casi todas las calles de Roma. Al cruzar las avenidas repletas de pequeños automóviles, el doctor Maciá tomaba cierto aire de oficial en Batalla, y exclamaba: ¡Avanti!

Después, al pasar al otro lado, ofrecía su explicación: "Esa fue la primera palabra que

aprendí en italiano, y creo que para este tráfico loco y para mis aspiraciones profesionales, es la más importante. Porque quien no avanza en el cruce de la calle o de la vida se lo come el coroncoro...!"

El doctor José Maciá formó parte del grupo de los primeros economistas de la Universidad de Cartagena, que tanto contribuyeron después a la enseñanza de dicha ciencia social. De esa generación recuerdo a Hermes Darío Pérez, Dionisio de los Ríos, Argemiro Bermúdez, Ruderico Trujillo, Alfonso Osorio, Florentino Rico, Nancy Polo, María Herrera, Freda Hawki, Ignacio Amador, Candelaria Cruz.

La tarde de la visita a la cúpula de la Basílica de San Pedro, al subir por la estrecha escalera, el doctor Maciá, que iba atrás resguardado, comentaba:

-Agárrense duro y pisen firme. Aquí el *avanti* es lento. Un descuido, y como estoy de último, me aplastan, y le tocará al maestro Consuegra regresar con mis huesos.

Y razón tenía en lo de huesos, porque el doctor Maciá de tanto caminar por callejones y túneles y gustar poco de los espaguetis, se veía bastante escaso de carnes.

* * *

En la esplendorosa Madrid una tarde sucedió algo que me hizo pensar en lo valedero de la conocida sentencia que define a la patria como el sitio donde se vive a gusto.

Caminaba por una calle céntrica e inesperadamente encontré un amigo español que pasó unos años en Ciénaga y al final se había establecido en Barranquilla como propietario de un pequeño restaurante, muy visitado por los intelectuales y bohemios.

No recuerdo por qué razón mi amigo vendió el negocio y regresó a España. Al verlo lo felicité por estar de nuevo radicado en tan bella y culta ciudad. Unas horas atrás había estado visitando museos y plazas. Le hablé entusiasmadamente de los hermosos atributos de Madrid, del orden observado, en fin, de todo lo que en ese momento se me ocurrió reconocer de manera sincera, aunque también quería halagar al amigo contertulio de años atrás.

Entonces aquel español, que en Barranquilla, cuando brindaba con el vino que conseguía en el puerto en los barcos de sus paisanos, sólo hablaba del sol de su tierra y la gracia de sus mujeres, en toda la mitad de la acera donde estábamos, me abrazó y comenzó a llorar y a decir:

-"Eso, amigo, puede ser cierto. Pero yo quie-

ro regresar a Barranquilla o Ciénaga. Allá era don Manolo, y todo el mundo me distinguía. Aquí nadie me conoce, y apenas soy un pasajero más en los buses repletos. Cuánto no daría por encontrar el regreso... Tal vez ya sea tarde...".

Sacó el pañuelo, se secó las lágrimas y se despidió.

Llegar a Madrid era estimulante. Cuando los guardias aduaneros y de migración veía los pasaportes, solían exclamar:

-Muy bien, pueden seguir. Son de Colombia, tierra de letrados. ¡Han llegado a la Madre Patria!

Ahora me cuentan, *¡sorpresas del tiempo!*, que lo de colombiano, por aquello del narcotráfico y su violencia, es una especie de estigma que pone alerta a los vigilantes.

* * *

En Lima lo pasaba como en cualquier ciudad colombiana. Los amigos abundaban y la hospitalidad de su gente no permitía la nostalgia por cielos lejanos. Con mi madre y doña Anita varias veces compartimos con los catedráticos de la Universidad Nacional Federico Villarreal, entonces dirigida por el doctor Humberto

Espinoza Uriarte. A nuestra tertulia se unían los de la Universidad de San Marcos. Eran tiempos de esplendor intelectual y de acercamiento a lo vernáculo y auténtico. Entonces se hablaba de la peruanidad para buscar en el pasado indígena el orgullo de las raíces culturales. Virgilio Roel, Justo Avellaneda, Max Getulio Luna Bustamante, Jaime Serruto Flores, Santiago Segura y tantos otros, emulaban en publicaciones. A Mariátegui y Arguedas se les analizaba su pensamiento casi con devoción. Una noche todos ellos me acompañaron a la casa de doña Ana Chiape de Mariátegui a oirle contar anécdotas que después se publicaron en Desarrollo Indoamericano. Fue una velada de larga duración hasta el amanecer. Para ella Mariátegui siempre rechazó el dogmatismo y pregonó la autenticidad ideológica. No recuerdo de rencores en su vida, comentaba plena de orgullo. Es cierto que algunos gobiernos represivos nos causaron mal. No obstante, para mí el privilegio de haber compartido su existencia, agregaba, compensa las penas del pasado. Esa noche doña Ana Chiape servía copitas de pisco y Max Getulio Luna leía los párrafos predilectos de los 7 *ensayos.* A pesar de sus esfuerzos por estudiar e interpretar la realidad peruana, a Mariátegui se le tildaba de europizante. En 1928, aunque hace intentos de defensa, al final lo reconoce. En el prólogo a uno de sus libros, confiesa: "No faltan quienes me suponen un europizante, ajeno a los he-

chos y cuestiones de mi país. Que mi obra se encargue de justificarme, contra esta barata e interesada conjetura. He hecho en Europa mi mejor aprendizaje. Y creo que no hay salvación para Indo-América sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidental. Sarmiento que es todavía uno de los creadores de la argentinidad, fue en su época un europizante. No encontró mejor modo de ser argentino". Ahora podría decirse que a pesar de ese tipo de revelaciones tan distantes de las de los libertadores que anhelaban un camino propio, la influencia de Mariátegui en la juventud de América Latina de los años sesenta fue notable.

Arequipa, la ciudad blanca, parecía estar siempre pendiente de las garúas limeñas. Cuando llegué al aeropuerto el saludo de bienvenida del Rector de la Universidad San Luis Gonzaga y de Mario Arenas Rodríguez, fue:

-Aquí en Arequipa sí llueve de verdad. Hace cuarenta años cayeron gotas muy distintas al simple rocío de Lima.

De las muchas ciudades que conocí en varios continentes, Lima me pareció la más húmeda y Arequipa la más seca. La primera, buena parte del año cubierta con una capa de nube que jamás se derrama; la segunda, con un sol y un cielo azul carente de niebla. El asma y los hongos de piel que puedan adquirirse

en Lima no resisten un par de días en Arequipa. Yo la pasaba muy bien en las dos ciudades escuchando los chistes que se hacían de manera fraternal sus habitantes, después de las conferencias.

Recorrí todo el Perú y gocé de su paisaje extraño: zona costanera desértica e interior selvático. En el campo intelectual parecía darse cierta emulación. Aunque fuese en ediciones locales, muchos catedráticos publicaban sus investigaciones o sus creaciones literarias. Cierto es que tan interesante circunstancia se apreciaba en toda la América Latina. Porque las décadas de los años cincuenta, sesenta y parte de setenta, fueron de vivificantes expectativas y cambios que obligaban a la participación. Se creía en lo propio y, naturalmente, el compromiso del aporte se daba bien sin importar esfuerzos.

Una vez, de regreso del Perú, escribí en el diario El Heraldo, lo siguiente: Después de diez años de ausencia he vuelto a Lima. La ciudad ha crecido mucho, con un gigantismo que asusta y obliga a la nostalgia. Recuerdo a la Lima apacible de veinte años atrás, con sus taxis de comienzos del siglo, su Rosita Ríos y los artistas callejeros. Ahora todo anda de prisa, con ciento de miles de automóviles que hacen ruido y dejan humo, y multitudes de vendedores ambulantes.

Antes, sólo los pintores populares ofrecían sus cuadros costumbristas en la Avenida Nicolás de Piérola. Ahora las aceras de la famosa calle están en manos de toda clase de vivanderos. El Jirón de la Unión es un hervidero de buhoneros que pregonan a grito sus baratijas y servicios, desde un vestido hasta el guarapo. Y como si todo eso no bastara, sitios de valores históricos y culturales, como la Plazuela de la Universidad de San Marcos, han quedado de mercados de tercera categoría, con toldas y rústicos bancos para venta de frutas y fritangas.

Naturalmente, al lado de esta realidad propia del subdesarrollo, aparece el esplendor de nuevos barrios, centros comerciales y edificios de una exquisita arquitectura que contrasta con las limitaciones y miserias de los tugurios, irónicamente llamados *pueblos jóvenes.*

Sin embargo, hay algo que aún perdura para satisfacción del visitante, y es la amabilidad del peruano, ajeno al mal humor y al egoismo del habitante de las grandes urbes. Apenas, si como nuevo, puede mencionarse el temor que infunde el terrorismo.

Mis amigos intelectuales de Lima me hablan de un estimulante apogeo de la actividad bibliográfica. Muchos libros y revistas se editan en las universidades y ciudades del país. Pese

a la alineación dogmática que caracteriza a la universidad oficial latinoamericana, en Lima el análisis de los problemas políticos, económicos, sociales y culturales es motivo de preocupación diaria.

Cuando el tema del desempleo y el marginalismo se trata, los economistas limeños de izquierda hacen referencia al libro de Hernando Soto, publicado con el sugestivo nombre de "El otro sendero", como para diferenciar sus deducciones y propuestas de las que, desde su enfoque radical, formula el grupo guerrillero Sendero Luminoso.

Para los analistas las proposiciones de De Soto responden a los nuevos vientos neoliberales de origen extranjero interesados en desacreditar la intervención estatal, rescatar la deteriorada imagen de la libre concurrencia y el librecambio, y encubrir las tácticas de los grandes monopolios que utilizan ejércitos de vendedores callejeros para burlar las obligaciones fiscales y competir ventajosamente con la producción nacional.

No obstante, le observo a mis colegas en las conversaciones amistosas, se hace necesario distinguir, en el bien documentado estudio del investigador De Soto, dos capítulos fundamentales: el primero y el último. Porque su introducción es una especie de manifiesto del sub-

desarrollo y la dependencia. Con estilo diáfano y pulcritud en el uso del idioma, el autor ofrece una radiografía de aspectos sobresalientes del desarrollo del subdesarrollo: concentración de la población en los centros urbanos, sin que esto signifique normal desplazamiento de los sectores productivos; corrupción de la burocracia, al lado de "legiones de pordioseros, lavacarros" y vende frutas que deambulan en calles saturadas de basura; en fin, desigualdad social profunda que se refleja en barrios residenciales exclusivos, refugios de la burguesía y la aristocracia, mientras, en los sitios opuestos, están los tugurios sin agua, sin alcantarillado y sin luz eléctrica, y con casuchas de latas y cartones.

Pero, en sus conclusiones, De Soto esquiva el enjuiciamiento de las causas que motivan esa situación, especialmente en el mundo de la informalidad, para deducir razones que vienen a jugar el papel de sofismas de distracción.

Ya los economistas de América Latina han estudiado con lucidez y acierto, desde años atrás, los fenómenos estructurales de orígenes externos e internos (relaciones de intercambio con deterioros constantes de los precios de las mercancías exportadas, deudas e intereses, expoliación de los recursos, exportación de capitales y utilidades con libertades pregonadas con orgullo, formas de tenencia concentrada de la

UNIVERSIDAD SIMON BOLIVAR
BIBLIOTECA
BARRANQUILLA

propiedad territòrial y del capital monopolista, deficiencias administrativas y de los sistemas fiscales, etc.) que han dado el fruto de la desigualdad social, el empleo disfrazado y la subsistencia en general. La flaqueza del Estado, la violencia, la corrupción, el centralismo, la burocracia, son simples efectos y no causas: exactamente como la "informalidad" productiva.

Hace unas décadas los centros dominantes resucitaron a Malthus para responsabilizar al crecimiento de la población de los males del subdesarrollo. Fue una forma mentirosa de analizar el problema para eludir responsabilidades históricas. En nuestros días países como Colombia han reducido a la mitad la tasa de natalidad peros su problemas sociales, de hambre y miseria, tienden a duplicarse. Ahora surgen nuevos enfoques, como el del sector informal, que halaga y recibe el respaldo de los ideólogos del neoliberalismo. Lo mismo se da el caso del paradógico descrédito al intervencionismo estatal: Porque es malo para defender los recursos y propiciar el bienestar social, pero bueno para vender y entregar las empresas oficiales a la voracidad de las multinacionales extranjeras y garantizar y proteger -con todo el poder indispensable- la libertad para esquilmar los recursos naturales (petróleo, carbón, bosques, etc.) y acrecentar la concentración de la riqueza y la desigualdad social.

* * *

El subdesarrollo y la dependencia que siempre aparecen al lado de la ausencia de integración y del complejo extranjerizante, impiden que se valore lo propio y se conozca más lo ajeno. Estos hechos son valederos entre regiones de un país o entre países de un marco geográfico en relación con el centro dominante. Digamos por caso: en Colombia muchos ricos costeños visitan primero las ciudades norteamericanas o europeas antes que las del interior del país. En el pasado esta evidencia era aún más común: la falta de carreteras convertía a un interiorano en exótico habitante de regiones remotas. La aviación redujo distancias y facilitó el encuentro, pero todavía el fenómeno comentado perdura. Desde el punto de vista continental es más significativo el detalle. Los habitantes de las distintas naciones latinoamericanas que pueden hacerlo, acuden entusiasmados a las metrópolis dominantes pasando por encima de sus vecinos.

Yo nunca puedo olvidar el cielo azul de Quito y sus callejuelas tapizadas de piedra que siempre conducen a una reliquia religiosa. Me gustaba pasar las tardes en la plaza central, para darme el gusto de comprar artesanías en las tiendas ubicadas en la planta baja del Palacio Presidencial. Una vez estaba allí en plena dictadura militar, y nada impedía esa mezcla

UNIVERSIDAD SIMON BOLIVAR
BIBLIOTECA
BARRANQUILLA

extraña de fusiles, política y comercio. Volar de Quito a Santiago es gozar del espectáculo interminable de las nieves perpetuas. Lima es la ciudad alegre de famosos museos. Sus calles y plazas ofrecen siempre la sorpresa del teatro popular. Yo solía pasear de la avenida Nicolás de Piérola al Girón de la Unión, para hacer pausa en la Plaza de San Martín a mirar los mimos o a escuchar los mensajes de los artistas parlanchines. Arequipa es ciudad de serena hermosura, toda vestida de blanco como las cúspides de los volcanes que la rodean. Y qué decir de la inmensidad de los desiertos peruanos con el verde milagro de los oasis. Se suele comentar que donde cae la lágrima de un indio se siembra una mata de maíz. Pero, al pasar la Sierra, como ellos llaman a la cordillera, está la plenitud exuberante de la selva. El Cuzco es el recuerdo y el misterio de la cultura de los Incas y sus precursores. Llegar a sus predios es obsequiar al gusto intelectual más exigente el deleite de la hazaña humana del pasado. Buenos Aires es el transplante aclimatado de la arquitectura europea, pero también tiene su personalidad. En ninguna otra parte del mundo hay calles como Lavalle o Florida. Allá todas las noches parecen de fiesta. En Buenos Aires todo es gigante: la calle más ancha, la avenida peatonal más larga. Para ir de Buenos Aires a Montevideo hay que navegar más de cien kilómetros por la desembocadura de su río. A mí siempre los aproximadamente dos kilómetros

UNIVERSIDAD SIMON BOLIVAR
BIBLIOTECA
BARRANQUILLA

de ancho del Magdalena en Bocas de Ceniza me parecieron algo colosal. Pero cuando estaba en mitad de camino entre Buenos Aires y Colonia sin poder ver orillas, aquello me pareció simplemente majestuoso. Buenos Aires nada tiene que envidiar a las grandes urbes norteamericanas o europeas. Allí el viajero puede encontrar todo lo que ofrece la civilización. El producto de uno de los países con más riquezas naturales en el mundo parece concentrarse en el lujo de sus almacenes y los vestidos de pieles de sus mujeres en invierno. Es tanto el derroche en sus centros comerciales y sus barriadas burguesas exclusivas, que quien no supiera de sus "ciudades miserias", que son las favelas brasileras o los tugurios colombianos, podría imaginar que está transitando por un muestrario de orgía y desarrollo general.

* * *

En el Ecuador también existen los contrastes entre ciudades. Eso es lo más interesante en América Latina: Ciudad de México, fría y con aire casi irrespirable por la polución, y Acapulco cálida, de aguas cristalinas y palmeras juguetonas; Bogotá fría, lluviosa y congestionada, y Cartagena, Santa Marta y San Andrés, risueñas y con sol de doce horas; Quito, en los límites del cielo y Guayaquil, enamorada de su río, original y contradictorio, que gusta repartir el tiempo, al correr unas veces para abajo y

otras para arriba, aunque la poetisa Meira Delmar diga lo contrario. En Maracaibo, la semana pasada cuando estuve allí, me la pasaba *peleando* con mis amigos anfitriones que desprecian la tibieza de las brisas: salen de sus casas, que parecen neveras, siempre enfriadas por los acondicionadores de aires, entran en los lujosos automóviles con el mismo clima artificial, para luego pasar horas enteras en oficinas, supermercados, restaurantes o bares que compiten en enfriamientos. ¿Qué diablos vendría a hacer aquí un turista bogotano, quiteño (en cualquier mes del año) gringo, canadiense o europeo, en invierno?, les preguntaba. Y eso que la ciudad es bella, con paisajes de lago por todas partes, calles anchas, edificios modernos y casas antiguas, de múltiples colores subyugantes, que ahora comienzan a restaurarse. Quiero detenerme un poco en Maracaibo porque hà cambiado mucho, no solo en el crecimiento urbanístico, sino en las costumbres. Es un Maracaibo distinto al que viví en mi juventud. Entonces era muy parecido a Barranquilla. Es cierto que son estas las ciudades de los dos países hermanos que se semejan, pero en el ayer las encontraba más cercanas. Horas antes de salir para Maracaibo leí en "El Heraldo" una crónica sobre las terrazas barranquilleras, escrita por Rosario Borrero e ilustrada con fotos de Claudia Cuello. La periodista dice: "A las puertas del Siglo XXI, los nuevos conceptos arquitectónicos tienden a eli-

minar ese espacio frontal, típico en nuestras viviendas y de vital importancia dentro de la idiosincrasia caribeña. Afortunadamente, ni la inseguridad, ni el auge de la televisión, ni las carreras de la vida moderna, han logrado acabar del todo en nuestros barrios populares, con la costumbre de sentarse en la puerta a tomar el fresco y hablar con el vecino". Como tengo que atravesar toda la ciudad -desde "El Paraíso", casi a la orilla de la desembocadura del río Magdalena, hasta lo más lejano en el sur -para llegar a la estación de buses, paso por muchos barrios, burgueses, de clases media y popular- y compruebo que es cierto. Algunas viviendas cuentan con verjas de poca altura, otras nó, y en número reducido, lamentablemente, empieza a instalarse las altas; pero en todas se cuidan los jardínes. En cambio, en Maracaibo, las residencias parecen jaulas, separadas con altas rejas. Yo les decía a mis amigos, *los canarios*, porque permanecen de noche aislados, cada uno en su casa, sin comunicación con el exterior distinta del teléfono. Por eso las calles son lúgubres, sin alma. A nadie se ve caminando o disfrutando del encuentro comunitario. Mis amigos hablan de atracos y robos y la sicosis del miedo a los antisociales me parece una verdadera enfermedad. Yo poco comprendo aquel comportamiento, y sobrada razón debo de tener, pues habito en uno de los países más violentos del mundo. Una noche estaba con mi familia en casa de

Gastón Parra compartiendo con Diego Hernández y otros amigos. Camino al hotel le pregunté a Gastón: Y si el carro se daña ¿quién nos auxilia? Me respondió: "Nadie, nadie se atreve asomarse a la ventana". Después supe que un joven fue una vez a visitar a sus padres en la noche, y como el timbre estaba dañado, no lo escuchaban. En ese momento pasó una patrulla de la policía y se lo llevó detenido. Mi tía Martha, la anfitriona del restaurante *La Carreta,* se niega a visitar a doña Ligia de Parra, porque teme correr la misma suerte del hijo despistado de la historia. Cuando regreso al hotel me desvelo un par de horas. Al día siguiente le declaro a Gastón que ya presumo el origen de la insólita costumbre, y él me contesta que tal vez tenga razón: Maracaibo y sus alrededores fueron sitio de residencia de los extranjeros funcionarios de las empresas petroleras. Como en todas las regiones donde operaban los colonialistas o explotadores de los recursos naturales, los extranjeros cercaban con altas mallas sus campamentos y viviendas. A la noche siguiente, después de cenar en *El Gaucho,* el tío Juan Negro, un argentino que ama tanto como su hermano Omar a Venezuela, nos saca a pasear por el viejo centro de la ciudad. Y ¡grata sorpresa!: allí está todo igual como hace cuarenta y cuatro años cuando yo disfruté, en la juventud, del encanto de las altas ventanas con balaustres de madera y salidas hacia afuera como para propiciar

el coqueteo de las enamoradas. Más aún, los muchachos estaban jugando en las calles y las familias sentadas en sus sillas en los sardineles. El tío Juan se ríe de las exageradas prevenciones en los otros barrios y no ha permitido que los balcones del séptimo piso donde viven sus hijos los cubran con rejas (como puede observarse en los demás) porque él dice que los hombres arañas sólo existen en el cine. Ya son las once de la noche y todo nos parece normal en la zona del mercado antiguo. En una cantina abundan los trasnochadores. Nos bajamos con el tío Juan a tomar un ron Cacique y gaseosas. El tío Juan es veterano de los carnavales de Barranquilla, y comenta: "-En Buenos Aires se come, en Maracaibo se toma y en Barranquilla, se baila". Claro está que es la manera graciosa de referirse al atractivo en los momentos festivos. Digamos por caso, el buen asado porteño, los *palos* maracuchos y el sonar de acordeones, tambores y flautas en cualquier reunión familiar barranquillera que se respete, ya sea con conjuntos vallenatos, *papayeras* o estruendosos tocadiscos que resuenan en todo el barrio. Tanto es así, que mi nieto Ignacio José, de apenas dos años, flaco como *una varita de caña,* porque poco gusta de alimentos, como todavía no habla, hace de cantante con muecas y gestos parecidos a los de su padre, acordeonero de los *Independientes del Ritmo* (lo de independientes porque cada uno va por su lado) y del cual forman parte el

médico Juan José Sánchez y su señora Candy Justi de Sánchez, las trabajadoras sociales Arlen y Carolina de Consuegra, el abogado Porfirio Bayuelo y José Rafael, el aprendiz de compositor. Naturalmente que hay excepciones: sean los casos de Arlencita y Hermes Emilio, otros nietos, verdaderas máquinas trituradoras de comidas y golosinas.

La dicha de haber contemplado, sin moverme de la silla, todo el bello panorama dè Maracaibo, se la debo al señor Rector de la Univesidad Rafael Urdaneta, doctor Eloy Párraga Villamarín. Juntos almorzamos en el restaurante *El Girasol* del hotel *El Paseo*, en la grata compañía del Vice-Rector, doctor Jorge Sánchez y la Decana de Promoción, doctora Nerva Bracho de Sánchez.. Mientras el piso va dando lentamente la vuelta aprecio el sitio donde se dio la batalla naval, las nuevas islitas que fornan las corrientes y los canales esplendorosos que unen el lago con el mar. La ciudad parece orgullosa con el color amarillo y rosado de los mangos maduros y las barcazas zurcan los espacios acuáticos. Un poco más allá está el puente transitado por centenares de vehículos presurosos, de vidrios negros y ahumados, como si sus conductores estuvieran en discordia con el paisaje y el mundo exterior. La primera vez que llegué a Maracaibo desde Caracas, la travesía era en ferrys que, en lento avance, permitía gozar de la expectativa del arribo.

El día anterior había visitado al Rector Párraga Villamarín. La Universidad está situada en las afueras de Maracaibo, en un campo repleto de árboles y flores. La conversación protocolaria apenas duró unos segundos, porque de inmediato, *¡sorpresas del tiempo!,* nos reconocimos. En la década de los años cincuenta compartíamos inquietudes intelectuales en las tertulias de la Librería Nacional, en Barranquilla, al lado de Néstor Madrid Malo, Javier Auqué Lara, Diego León, Luis Felipe Palencia y Fernando Cepeda y Roca. Eran tiempos de dictadura en Venezuela, y el doctor Párraga Villamarín estaba acá en el exilio. Durante una hora nos olvidamos del programado intercambio universitario para entregarnos por completo al recuerdo y la añoranza de una vida cordial y solidaria.

En la noche, con Gastón y Diego, converso de política. Les digo que he sabido que hay un candidato del Zulia a la Presidencia de la República. Y me atrevo a opinar, que más allá de los colores políticos -ahora tan de capa caída- la lucha descentralista presenta matices revolucionarios contra la discriminación humillante del centro. Gastón responde que ese fenómeno no es tan marcado en Venezuela. No insisto en el tema y le preguntó como le va en la Academia Venezolana de Ciencias Económicas, puesto que suponía, dada su calidad de científico social, que formaba parte de ella.

Entonces me responde: -"De la Academia sólo pueden ser miembros los que viven en Caracas". Me sonrío, y Diego que nada perdona, comenta:

-Cómo te parece, y eso que no hay centralismo. Que tal si hubiera... Pero ya fundaremos la nuestra, la del Zulia.

-Eso está bien, comento. Pero la de ustedes será la del Zulia, y aquella la de Venezuela, no la de Caracas. Lo que más sorprende, concluyo, es que buena parte de los directivos de la Academia, que son mis admirados amigos, en sus libros y en los ensayos que les he publicado en *Desarrollo Indoamericano,* han enjuiciado, al igual que otros científicos sociales del subcontinente, al centralismo, o colonialismo interno, como una de las causas del subdesarrollo.

Como estamos en *La Barra del Che* puede hablarse de todo menos de edad. Es ese un tema tabú delante de la tía Martha. En eso sigue al pie de la letra la tradición de su hermana Emilia. Una vez mi padre se presentó a mi casa y me dijo: -"Estoy en problemas. Puedo ir a la cárcel. Porque de acuerdo con la edad que tu madre declara tener, yo me casé con una niña". Transcurrido un tiempo, me comentó sonreido: -"Ya pasó el peligro. El cuerpo del delito no existe. Según la nueva versión de

misía Emilia, cuando nos casamos todavía ella no había nacido. Hace ya rato que festejamos las bodas de oro y aún permanece impasible en cuarenta y ocho años...". El tío Omar Calvo, comenta: -"Por mi parte yo estoy por adoptar a doña Martha para terminar de criarla..." Pero no puede negar que está tan joven como antes, mírela, le comento, y sonreido responde: "Esa es obra mía; es el cuido y el mimo".

* * *

Hablo de las mallas de las viviendas maracuchas pero debo reconocer que en Bogotá el fenómeno aislante desconcierta más. La última vez que estuve allá, Raúl Alameda me invitó a cenar en su casa. En compañía de los doctores Luis Meléndez Mosquera y Héctor Lossa, doña Anita y doña Mariela de Meléndez, partí hacia la dirección previamente anotada. Después de tres horas de infructuosa búsqueda, regresamos al hotel. Las nuevas urbanizaciones son cerradas con guardias que impiden el paso por las calles. Allí no son las casas sino barrios enteros cercados que limitan la libertad de transitar y que obligan a pensar en el retorno a los castillos medievales rodeados de fosos para impedir la comunicación.

* * *

Los del sur suelen decir: "México es una ciudad grande; Buenos Aires, una gran ciudad"

Creo que no es así. Tanto México como Buenos Aires son dos grandes ciudades y dos ciudades grandes. Cada una con su personalidad y su atractivo. Fuera de su país los argentinos tienen fama de creidos y sabelotodo. Por eso el chiste: Quien compra un argentino por lo que cree que vale y lo vende por su justo valor se arruina. Una vez en el Japón participaba en un simposio al cual asistían delegados de todos los países. Los intérpretes atendían por grupos de continentes y así nos transportaban. El primer día de visita a una ciudad a los latinoamericanos nos asignaron un bus. Ya de salida el guía se afanaba en anunciar que esperaba a los latinoamericanos. Pero no fue posible que los dos jóvenes delegados argentinos se dieran por notificados. En la sala del hotel se quedaron esperando que llamaran a los argentinos. Recuerdo esa anécdota por dos razones que varias veces he comentado con Jorge Julio Greco: la primera enseña que somos una sola tierra, como la quisieron los Libertadores. Así nos ven los estadounidenses, europeos y asiáticos. Cuando estamos en nuestros países, ante los abusos del centralismo, defendemos el origen regional. En Colombia, por ejemplo, hay costeños y cachacos; al llegar a otro país latinoamericano, somos colombianos; pero fuera del subcontinente se nos identifica como latinos. La segunda razón se relaciona con la guerra de Las Malvinas. Hasta ese momento los argentinos o, mejor dicho, ciertos sectores

argentinos o, mejor dicho, ciertos sectores bonarenses, se consideraban europeos. Pero el conflicto les dio una lección: Mientras los europeos y los Estados Unidos estuvieron del lado de Inglaterra, los mestizos hermanos latinoamericanos respaldaron a la Argentina en su justo derecho de recuperar una parte de su territorio usurpado.

* * *

En la calle Lavalle y el barrio Boca siempre estuve a mi gusto. Una tarde asistí a un partido de fútbol en el estadio La Bombonera. La primera impresión fue de sorpresa. Yo iba al viejo estadio Romelio Martínez, en Barranquilla, a ver fútbol. Pero ahora estaba en medio de una afición que gritaba, cantaba y tocaba tambores sin descanso. Un vecino de la empinada gradería se la pasó toda la tarde mencionándole la mamá al árbitro con palabras poco honrosas. Y cuando hacía una pausa en el reclamo, doña Anita, que poco le importaba el partido pero estaba feliz con el espectáculo, lo provocaba diciéndole que había sido penalty la falta no sancionada, y de inmediato el incansable espectador volvía a gritar las mismas palabrotas.

* * *

Hablar de Buenos Aires obliga a detenerse en el recuerdo de Carlos Gardel. En mi caso arranca en la infancia. Nunca olvido la tarde que en mi pueblo Lorenza Marriaga llegó con la noticia. Ella encabezaba la caravana de mercaderes que dos veces por semana iba a Barranquilla con cargas de bollos, yuca y gallinas, para traer de allá baratijas, zapatos y vestidos. Yo estaba encaramado en el palo de mamón que en el patio de mi casa daba sombra y fruto, y desde allí escuché el eco repetido de Lorenza anunciando la muerte de Gardel.

En mi pueblo apenas había una vitrola, pero todo el mundo cantaba los tangos de moda. La comunicación social se facilitaba por la vida comunitaria. De lo que una persona sabía al poco tiempo se enteraban los demás. Recuerdo que mi madre me dormía cantándome *Caminito.* Muchos años después conocí el sitio de inspiración del poeta popular, y quedé confundido. Porque siempre imaginé algo parecido a una senda estrecha bordeada de árboles y no una calle o, mejor dicho, un pedazo de calle enfrente de un muelle en el legendario barrio de La Boca.

Gardel era ídolo también de los campesinos: Las jovenzuelas solían tener en las tapas de sus baules su retrato, recortado de las páginas de los periódicos, y los muchachos cantaban las golondrinas de un solo verano. Por eso,

cuando transcurrió mi pubertad y juventud en la calle Obando, en Barranquilla, no tuve inconveniente en vincularme a la barra que mortificaba a los vecinos con cantos *gardelianos* destemplados. Otras noches asistíamos puntuales a los cines descubiertos donde pasaban las películas de Gardel. Después desfilábamos por las calles dormidas *cantando* y repitiendo frases con argot cuyo significado desconocíamos. Una de esas noches perturbamos el sueño del Alcalde Rafael Fernández Díaz. Su guardia, un agente de la policía, se llevó a *Carlitos*, como cariñosamente llamábamos a nuestro "tenor", a la comisaría. Por cierto que, en aquella apacible y añorada ciudad de entonces, los sucesos eran tan peculiares y distintos: al día siguiente el mismo agente acompañó a Carlitos, de casa en casa en la cuadra, mientras otro de los trovadores, el Ñato Julio Vengoechea, solicitaba a los padres de los amigos aporte para pagar la multa de dos pesos.

Yo era un hincha fidelísimo de Gardel. Hasta podría decir que un tanto exigente, al estilo de los fanáticos del fútbol. Una tarde lluviosa en Buenos Aires caminé por la calle Corriente en busca del 3-4-8, *segundo piso ascensor.* Esperaba encontrar por lo menos una placa recordatoria. Pero ni el simple número existía. Por el contrario, en la acera opuesta sonaba la música de un *rocanrol.* Entonces protesté. Creo que me tomaron por loco. Pero ahí no terminó

mi romántico reproche. En la noche fuí a La Boca, en una de las excursiones para turistas. Al llegar a *La Cueva del Zingaro* la orquesta comenzó a tocar música de moda de otras partes. Entonces me levanté y dije en voz alta que había ido a la Argentina a escuchar tangos y milongas. Los jóvenes parecían no comprender. Pero entonces los maduros, casi todos de más de cuarenta años, pasaron a la pista de baile con sus parejas y la orquesta comenzó a interpretar las inconfundibles melodías de los conjuntos típicos.

En verdad, en esos momentos de apogeo de la cumbia, el porro y los vallenatos, ritmos caribeños alegres y tropicales, resultaba bastante incomprensible mi conducta. Y hasta llegué a pensar que aquel influjo nostálgico fue una especie de absurdo en estas tierras de la parranda abierta y del jolgorio sensual. Pero cual no sería mi sorpresa al comprobar que en la Cuba de la rumba y el jaleo, se escucha el tango al lado de la guaracha y el son como si se estuviese en Medellín o Pereira. Más aún, en La Habana las emisoras de radio siguen con los tangos de Gardel como hace cincuenta años.

* * *

La planeación

En mi pueblo solían decir: más largo que el mes de mayo. A las personas altas se les apellidaba con el nombre del mes. Juan Redondo, que medía dos metros, quedó bautizado para siempre como Juan Mayo. Y no son por los treinta y un días, sino por la presencia del sol a las seis de la tarde. Cosa distinta de regiones con cuatro estaciones, donde a las ocho o nueve de la noche todavía está el sol afuera en el verano, en el trópico el horario es rígido: la aurora extiende sus colores púrpuras a las seis de la mañana y el crepúsculo repite el espectáculo a las seis de la tarde.

Miro el horizonte y encuentro el sol brillante, a unos metros del horizonte. Siempre a las seis de la tarde me siento en la terraza a contemplar arreboles. No comprendo. Entonces recuerdo que mayo está en su reinado.

El mar amaneció azul. A la playa se acerca

una especie de isla flotante, de esas que arrastra el río. Pero la que veo es grande, de varios metros de ancho y largo. Como el invierno está en su apogeo, en el interior del país las corrientes siembran el terror. Este verdín no se de qué lejos venga. Navega con tranquilidad y yo no lo pierdo de vista. Tal vez atraque en el viejo muelle abandonado. Aunque mejor sería decir: abandonado por los barcos. Porque la gente sigue caminando por su extenso lomo para sacar provecho de la refrescante caminata. Yo suelo hacerlo de vez en cuando para gozar del atardecer. Mi hijo Ignacio, en compañía del ingeniero Manuel Marthe Zapata y por encargo del entonces alcalde Eduardo Santos Ahumada, restauró sus barandillas y las partes deterioradas, y puso alumbrado eléctrico. Y me gusta en el paseo imaginar su juventud, con paisaje de buques cargando y descargando y ruido de locomotoras. No pude conocerlo en su esplendor, pero desde mucho tiempo atrás escucho a los que hicieron su historia.

A Ricardo Blanco lo encontré de celador en la casa de mis suegros cuando vine a Pradomar en luna de miel. Fue uno de los tres buzos, al lado de Andrés Avelino Jiménez y Joaquín Saltarín, que dentro del agua revestía con cemento los pilotes de acero y madera. Ricardo siempre estaba riendo. En las labores sumergidas del atracadero perdió la audición. Pero poco le importaba su sordera: ya en su juven-

tud, lo mejor de su vida lo compartió con los peces de colores en el silencio de las profundidades.

Desde el primer día del encuentro Ricardo fue para mí un personaje inolvidable. Como casi no podía oír mis explicaciones, gozaba a carcajadas al verme agachado atisbando por debajo de la cama antes de dormir. Doña Anita no era muy amiga de la presencia de cangrejos. Para ahuyentar temores, Ricardo nos invitaba a mirar el muelle y empezaba a contar detalles de su antiguo oficio. Nunca pasó por una escuela, ni jamás supo que existieran cartillas de buceo. Como desde niño nadaba bien por debajo del agua, su amigo Juan Antonio Colina lo metió una mañana en una escafandra. Bajo el mar se hizo hombre, y sólo salió de allí para esconder su nostalgia en una risa permanente y en la botella de ron blanco. Su amigo Colina también era de la misma estirpe, una especie de hombre múltiple, de esos que se moldean con el trajiñar diario. Sin haber pisado los pasillos del colegio, sabía reemplazar al ingeniero extranjero cuando este se ausentaba. El cubano Francisco J. Cisneros hizo el muelle con madera y acero, y Juan Antonio Colina lo amplió.

Da gusto escuchar la triste historia del muelle de Puerto Colombia. Eugenio Vargas enjuiciaba en sus escritos a la clase dirigente de

Barranquilla. En un momento infortunado, que sigue castigando a una ciudad con puerto deficiente, levantaron los rieles y hundieron la isla que protegía la hermosa bahía de aguas azules, como queriendo borrar evidencias ante el error cometido. Vargas mencionaba el caso del barco cargado con yeso para la fábrica de Cementos del Caribe. Cómo, por su calado, no pudo entrar por Bocas de Ceniza (la desembocadura del río Magdalena), y regresó al muelle de Puerto Colombia a descargar, los prohombres de entonces descalificaron al capitán de la nave dizque por atentar contra el progreso de Barranquilla. Después, el ejército nacional, sin que nadie en el país protestara, probó sus cañones bombardeando la Isla Verde hasta exterminar sus manglares. La obra contra la naturaleza la concluyó una empresa petrolera extranjera, con explosiones de dinamita que abrieron boquetes por donde el mar penetró para arrasar.

Ahora, cuando el sector servicios juega papel prioritario en la economía, y los habitantes de las grandes ciudades sacan provecho de sitios para la recreación, Barranquilla carece de balneario propio adecuado, y apenas su legendario muelle, el segundo más largo del mundo, sirve para caminarlo y añorar su pasado.

Y, cuándo iba a pensar mi amigo Ricardo

Blanco, que veinticinco años después de su muerte, el arquitecto que alcanzó a tener en sus brazos cuando niño -*¡sorpresas del tiempo!*- le tocaría restaurar su muelle, para beneplácito de los buenos porteños.

* * *

Mientras contemplo en la lejanía la mancha verde que se acerca al muelle recibo mensajes de amigos. El gran Otto Morales Benítez me envía su último libro. O, como dice el profesor Jesús Roncallo, el más reciente. Porque la exuberancia creadora del doctor Morales Benítez es sencillamente prodigiosa. Pocos intelectuales tan fieles a la investigación y a la literatura como él. Desde sitios distintos, los discípulos de ayer, y hoy veteranos catedráticos, doctores Florentino Rico, Ruderico Trujillo y Guillermo Amaya Villamil, directivos de la Sociedad Bolivarense de Economistas, me invitan a dictar una conferencia en Cartagena sobre el tema de la planeación social.

A propósito de planeación recuerdo que en los años cincuenta nos empeñamos en separar los términos planificación y planeación. Para entonces yo formaba parte de la directiva de la Sociedad Interamericana de Planificación, con sede en Puerto Rico. El propósito era utilizar el término planificación para los organismos y actividades donde predominara el urbanismo,

y planeación en el área económica en general. Aunque el término planeación perdura para los fines comentados, el Diccionario de la Real Academia registra planeamiento, como acción y efecto de planear, y a ésta última, en la segunda acepción, como hacer planes y proyectos, de igual manera que define a planificar, también en su segunda acepción. Espero que mi amigo Raúl Alameda Ospino, quien tiene a su cargo en la Academia Colombiana de la Lengua recomendar la aceptación de nuevos términos técnicos, haga introducir la saludable diferencia.

Hablar sobre planeación social en el apogeo del librecambio -eufemísticamente llamado Neoliberalismo o Apertura- es casi temerario. Sin embargo, los acontecimientos sorprenden en su rapidez inusitada. La realidad, una vez más, terca e inconmovible, aplasta las utopías teóricas que se generan en otras latitudes y se imponen como camisa de fuerza. Los efectos de una absurda política de puertas abiertas, que sólo ha permitido el aumento de importaciones innecesarias, empieza a golpear los sectores productivos: el agro y la ganadería en marcado descenso, industrias que se cierran, el desempleo en aumento, la desigualdad social acentuada, las exportaciones disminuidas, etc.

Ya las voces de protesta representan el clamor nacional. Ayer asistí a una conferencia

dictada por el doctor Ernesto Samper en su condición de candidato a la Presidencia de la República, y debo declarar que salí del Salón Magdalena del Hotel El Prado reconfortado. Así se lo hice saber al doctor Samper y a sus amigos anfitriones, senadores y exministros Fuad Char, Pedro Martín Leyes, Juan B. Fernández Renowisky, Jaime Vargas, Roberto Esper y Horacio Serpa. De manera didáctica y afirmativa, el doctor Samper expuso lo que sería su programa de gobierno: cuidado, fomento y protección a la producción nacional, educación de las masas trabajadoras y búsqueda de justicia social. Hizo un recuento de los resultados negativos de la estrategia de concederlo todo sin reciprocidad y criticó el proteccionismo centralista del pasado, que se valió del poder interventor del Estado para localizar las industrias en lugares inadecuados.

Unas semanas antes el Veedor del Tesoro de la Nación, doctor Jorge García Hurtado, en esta misma ciudad criticó el hecho de que la planeación colombiana esté en manos de jóvenes educados en universidades extranjeras que desconocen la historia y características de la economía colombiana. Estos comentarios me hicieron recordar simpáticas reacciones de becarios en los años en que formé parte del Departamento Administrativo de Planeación. Entonces se iniciaron los estudios para un plan de fomento en el Chocó, una de las regiones

más lluviosas del mundo, rica en minas de oro y platino que explotaron empresas extranjeras sin ningún provecho para los abandonados chocoanos. Tanto llueve en el Chocó que quince días sin lluvia es un verano intenso con graves incidencias en los precarios ingresos de las familias dedicadas al *mazamorreo,* manera artesanal de decantar los granitos de oro en recipientes de madera o barro en las orillas de las corrientes. Como puede deducirse no es aquella tierra atractiva para señoritos acostumbrados a las comodidades de Harvard u otras de las universidades preferidas por los estudiantes privilegiados.

Como en el organismo de planeación no había personal suficiente para trabajar en la elaboración del plan, solicité de inmediato el regreso de los fucionarios, que desde varios años atrás, pasaban de una especialización a otra sin provecho de trabajo para el país. La sorpresa es digna de mencionarla: todos renunciaron antes de venir a prestar sus servicios en los estudios programados en la propia tierra chocoana.

El señor Veedor también hizo mención del carácter centralista de la planeación: técnicos y expertos que trazan planes resguardados en cómodas oficinas pero sin conocimiento directo de la realidad de las regiones o de los problemas nacionales. Y eso es cierto. Recuerdo que

el grupo de urbanistas y arquitectos encargados de distribuir las inversiones en vivienda en el plan del Chocó, asignó, desde Bogotá, una partida para construir quince casas en Sautatá. La tal Sautatá aparecía en el mapa de Colombia con un círculo semejante al de otros pueblos de muchos habitantes. Pero cuando la comisión de los economistas Carlos Calderón Mosquera, Efraim Valencia Navia, Alberto Giraldo y Jorge Esquivel, del arquitecto Rubén Darío Utria y del agrónomo Jairo Alviar, que yo presidía, descendió por el Atrato hasta Sautatá, encontró una sola casa abandonada, que años antes había servido de punto de partida para algunas poblaciones situadas en tierra firme. Allí mismo, mientras la canoa seguía perturbando las quietas aguas del caudaloso río que Humbolt llamara el "lago que anda", les pedí a los colegas que rompieran en quince pedazos los planos de las quince viviendas programadas para unos habitantes inexistentes.

Como la planeación apenas se iniciaba como una institución digna de tenerse en cuenta (finales de la década de los años cincuenta) todo aquello eran lecciones que supimos aprovechar. Por ríos y caños recorríamos la geografía del Chocó, sin dejar de contemplar con afecto y respeto la majestad de la selva y la reciedumbre del hombre chocoano, negro o indígena, que trabaja desprotegido en medio del rigor de la naturaleza. Nunca olvido la tar-

de que salimos desde el Atrato con destino a Unguía, Acandí y Sapzurro, en la zona comprendida en el Tapón del Darién, de la inconclusa carretera Panamericana. La lancha con motor apenas pudo llegar, como a las siete de la noche, a un lugar donde unos inmensos árboles caídos en un vendaval del mediodía, impedía el paso de la pequeña embarcación. De ahí en adelante, bajo la conduccción de los guías nativos, la jornada se hizo chapoteando con agua hasta la cintura mientras en la oscuridad se escuchaba el ruido de los micos. Más o menos a las dos de la madrugada llegamos a Unguía con recibimiento inesperado: unas linternas nos encandilaban y unas voces nerviosas ordenaban que pusiéramos las manos en la cabeza. Poco tiempo atrás, en la región vecina de Turbo la violencia política había sembrado el terror. Al día siguiente el comandante del puesto de la policía localizado en la entrada del pueblo, nos comentaba que si hubiésemos hecho algún movimiento otra sería la historia. Y agregaba: "-Yo estuve aún más desconcertado cuando uno de ustedes gritó que eran funcionarios de la Presidencia de la República. Imagínense ustedes. En estas tierras olvidadadas de Dios jamás ningún grupo de extraños había llegado a esas horas de la noche, y mucho menos en representación del poder central".

* * *

En el Consejo Nacional de Política Económica y Planeación estuve desempeñándome con plena autonomía. Había sido elegido por la Cámara de Representantes para un período fijo de cuatro años, que aparentemente garantizaba estabilidad en el cargo. Y digo aparentemente, porque cuando apenas cumplía un poco más de un año en dichas funciones, una reforma administrativa propiciada por el doctor Carlos Lleras Restrepo modificó la composición del Consejo, para quedar integrado sólo por ministros del Despacho. Y he aquí una paradógica *sorpresa del tiempo*: antes me destituyeron en la Escuela Naval de Cartagena por haber asistido al recibimiento del doctor Lleras Restrepo en el gobierno dictatorial del General Gustavo Rojas Pinilla; y ahora, el mismo doctor Lleras Restrepo, en su condición de jefe del Partido Liberal y precandidato a la Presidencia de la República, me dejaba cesante, y según supe después, porque en su mandato aspiraba a dirigir la economía del país sin la participación de asesores distintos a los de su libre remoción en el área de la rama ejecutiva.

Sin embargo, el tiempo que estuve de consejero económico del Presidente Guillermo León Valencia perdura en la memoria. Hombre pulcro y honesto mostraba probidad en todos los actos de su vida política y administrativa, como la más valiosa de sus virtudes. Es verdad que eran otros tiempos de existencia austera y co-

medida, distintos de los actuales de derroche y opulencia en ciertos grupos sociales y sectores oficiales. En víspera de una fiesta en Palacio el doctor Valencia les recordó a los miembros del Consejo la invitación que ya nos había hecho. Al salir del Salón de sesiones me acerqué a él y le dije que en la tarjeta se indicaba que el acto era con traje de etiqueta, y yo no lo tenía. Entonces me respondió: -"A mí tampoco me agrada mucho, pero Manrique, el jefe de protocolo, me obliga. No se preocupe, venga con el vestido azul oscuro que tiene puesto". En otra ocasión me sucedió algo gracioso. Las oficinas del Consejo Nacional de Política Económica y Planeación quedaban en el edificio Bochica, un poco más arriba del Hotel Tequendama. En un piso distinto estaba el despacho del Ministro de Desarrollo. El señor Presidente de la República residía y despachaba en el Palacio de San Carlos, sede del Gobierno del Libertador Simón Bolívar en los días de la conspiración septembrina. Una mañana de sesión del Consejo el Ministro de Desarrollo me invitó a que lo acompañara en su automóvil. Por eso dejé mi viejo Studebaker, de color rojo y curuba (apropiado para asistir a entierros, como jocosamente comentaba mi amigo José Angel Bolaño) en el aparcadero. Mi padre, ya retirado de sus funciones de Alcalde en Juan de Acosta, se fue a vivir conmigo, y acostumbraba a esperarme todos los mediodías de los miércoles enfrente de Palacio conversando con un amigo que ad-

ministraba el Teatro Colón. Ese día la sesión terminó como a las dos de la tarde pero yo salí de ella eufórico. Le conté a mi padre que todas las ponencias de inversiones por casi mil millones de pesos que había redactado y me había correspondido sustentar, fueron aprobadas. A mi padre le hablé en unos minutos de los proyectos en obras que favorecerían la actividad económica nacional y los planes de desarrollo de distintas regiones. Y aunque ya mi padre, que era de buen apetito, estaba retrasado en el almuerzo, compartía mi alborozo. Al cabo de un rato, como ya todos los consejeros y ministros se habían ido, mi padre me preguntó donde estaba el carro. Le dije que iríamos a buscarlo al aparcadero del edificio en un taxi. Como él sabía que yo no acostumbraba a llevar dinero en los bolsillos, me hizo saber que apenas tenía los centavos para el bus de regreso. A esa hora, con fatiga y llovizna, tuvimos que caminar quince cuadras en busca del Studebaker. En el camino, sin muchos ánimos ya para continuar conversando, mi padre me miraba de vez en cuando como si recordara la historia de los millones de pesos aprobados...

Tal vez la última anécdota con el Presidente Valencia en mi época de asesor económico, fue la noche en que la Asociación Colombiana de Pequeños Industriales, ACOPI, finalizaba uno de sus congresos con comida especial ofrecida en su honor en el Salón Rojo del Hotel

Tequendama. Hacía apenas dos meses habían terminado las funciones del Consejo de Planeación y yo estaba de asesor económico de la Confederación de Trabajadores de Colombia, C.T.C. Como siempre he sido muy buen amigo de don Roberto Carbonell, para entonces Presidente de la Junta Directiva de ACOPI, acepté la invitación a sabiendas de que don Roberto enjuiciaría algunas nuevas medidas oficiales en el campo de los intereses crediticios. Estaba un poco molesto con el Presidente Valencia por no haber defendido la composición del antiguo Consejo, y quería participar en las críticas a las recientes medidas económicas. El discurso de don Roberto, como corresponde a su carácter, fue un alegato enérgico y de enjuiciamiento. Hombre íntegro en sus convicciones y seguro en su proceder, habló claro sin protocolos hipócritas y al final hizo algunas preguntas para una respuesta inmediata. Fue entonces cuando de manera inesperada el Presidente Valencia le dijo a don Roberto: -"Aprovecho la oportunidad de la presencia de mi consejero económico y amigo de los dos, el profesor Consuegra, para que explique los objetivos generales de la política económica del Gobierno". Y yo, que estaba allí para compartir críticas, pasé, por obra y gracia de las espontáneas ocurrencias de un maestro de la política, a dilucidar sobre el tema.

Después, cuando el Ministro de Hacienda,

un tanto inseguro y carente de buena labia, pronunciaba su discurso, el Presidente Valencia, me llamó a su lado y me solicitó algunas informaciones. Al terminar el Ministro solicitó permiso para decir unas palabras. Maestro de la improvisación y la oratoria, comenzó su intervención reconociendo las acertadas observaciones de don Roberto y el papel que juegan los pequeños productores y artesanos en la economía de una nación que se precie de democrática y antimonopolista. Al final, el ambiente de inconformidad y tensión tomó otros rumbos, para bien de una organización gremial orientada por el temple de un correcto conductor, y la conducta consecuente de un gobernante sin arrogancias.

* * *

En Colombia hay dos regiones que pueden tomarse como muestra y expresión elocuente de los resultados que se obtienen a través de una conducta económica de entrega de los recursos a la voracidad de las empresas extranjeras, y de librecambio. En el Chocó sólo dejaron pedregales y miseria, y ahora en la Guajira el panorama pinta igual. Prodigios de la naturaleza, como las minas de carbón que brotan de la tierra, son aprovechados por extraños y la economía centralizada. Ni siquiera las reducidas regalías se cancelan oportunamente, y miles de millones de pesos que tanto necesitan las inversiones en

un pueblo sediento, demoran en regresar a su sitio de origen. Hace poco atravesé la Guajira por vía terrestre y en su territorio no se vislumbra ninguna clase de cambios en el paupérrimo nivel de vida de la mayor parte de sus habitantes, especialmente de la población indígena. Maicao es un mercado extenso de productos de todo el mundo en almacenes de extranjeros que a lo mejor están allí con el único propósito de lograr riquezas para regresar a sus patrias. Apenas si a los nativos se les ocupa como guardias armados en las puertas de los expendios. La ciudad padece las deficiencias de los servicios, a pesar de los esfuerzos de la administración municipal. Duele, en verdad, la suerte de la Guajira, emporio de recursos naturales y de una cultura autóctona subyugante.

* * *

En una revista que divulga material seleccionado de las más famosas publicaciones de los países dominantes, leo un informe con un título que bien podría servir para describir la estrategia neoliberal en América Latina: "Ojo inversionistas, se vende Perú".

Y no se trata de ninguna crítica sino de un análisis elogioso sobre la entrega de las empresas mineras y de servicios, rescatadas en el pasado por gobiernos nacionalistas con esfuerzos y sacrificios, y ahora regaladas a monopo-

lios extranjeros, incluso de la China socialista. Se trata, al decir del comentarista, de una pesca milagrosa que permite adquirir activos por cantidades ridículas si se tienen en cuenta sus valores reales. Todo esto con un fondo de corrupción y descaro, en donde los mismos exfuncionarios que han puesto en práctica las medidas, aparecen como presidentes de las compañías extranjeras compradoras. Por ejemplo, Pedro Pablo Kuczynski, ex-ministro de Minas y Energía del Perú y ahora director de Nueva Management Inc., de Suiza, declara con beneplácito: "Los precios están muy bajos... los compradores están adquiriendo activos por sólo una parte de lo que costarían en otros países...".

* * *

La noche pasada conversaba sobre estos acontecimientos con el doctor Orión Alvarez, quien vino a dictar conferencias en la Universidad Simón Bolívar. Y en su gracioso decir antioqueño, comentaba: -"Un día de estos venden el país y nos tocará buscar otras patrias. Algo así como me pasó hace un año en Medellín. Usted sabe que Teresita, mi señora, vende todo lo que le compren. Una noche, fatigado por el trabajo en la Universidad, me despedí de los amigos con el propósito de ir a descansar en mi casa. Había salido bien temprano y después de doce horas de ausencia, toqué la puerta. Una señora, que nunca había visto antes, me pre-

guntó muy gentilmente en que podía servirme. Entonces le dije que iba a entrar en mi casa. ¿Cuál casa? Esta residencia la compró mi esposo esta mañana, con todos los muebles, respondió. Como alcancé a ver en la sala el velocípedo de mi hijo, pregunté confundido: - ¿Y el niño entró en el negocio? No señor, aclaró. La doctora le dejó dicho que lo espera con el muchachito en el Hotel Nutibara..."

Dialogo varias horas con mi amigo sobre la crisis del socialismo y la propiedad estatal. Quiere saber mi concepto. Le digo que el tema es motivo de mis desvelos. Nunca en la teoría política marxista o social demócrata se pensó en regresos. Al socialismo se le valoraba como una etapa superior en el desarrollo social de la humanidad. ¿Acaso, opino, la falla estuvo en la concentración de la propiedad estatal? El Estado, al fin y al cabo, es una especie de categoría simbólica, que en ciertas ocasiones responde al manejo arbitrario de dictadores o gobiernos. Sin embargo, en el transcurso de la historia la propiedad privada, o las normas legales que la instituyen, ha sido defendida a sangre y fuego. En la U.R.S.S. nadie expuso la vida en favor de la propiedad estatal. Y esto ha sucedido, tanto en el socialismo como en el capitalismo. En teoría los sovjoses (grandes propiedades agrícolas del Estado) o las fábricas, eran propiedad de la comunidad. La ideología siempre pregonó que la tierra es de quien la trabaja y que los

trabajadores son los únicos creadores del valor de la mercancía. Pero en verdad nadie se consideraba condueño de esas propiedades. ¿Acaso, este fenómeno sea digno de analizarse al lado del dogmatismo, el militarismo, la corrupción administrativa, el decaimiento moral, etc? Leo un juicioso estudio de Julián Sabogal Tamayo, Decano de la Facultad de Economía de la Universidad de Nariño. El doctor Sabogal Tamayo estudió en la Universidad Patricio Lumumba, en Moscú, y tiene autoridad para hablar sobre las causas de la crisis del marxismo y del socialismo. Su enfoque es filosófico y crítico, más que todo fundamentado en los puntos de vista doctrinario de los ideólogos del pasado. No obstante, las observaciones sobre atrasos en la tecnología, postración administrativa, sectarismo y abuso del poder, bien pueden extenderse al capitalismo, que las cosechó y las sigue cosechando en proporciones iguales o mayores. Y ahí sigue tan campante, y de seguro, habrá necesidad de otras jornadas sangrientas revolucionarias para conmoverlo. En páginas anteriores, aunque sin el rigor científico, me he referido a estos temas interesantes que exigen más meditaciones y supuestos interpretativos. Mientras tanto, como tantas veces reiteramos, lo importante es que la historia sirva para desechar errorres y buscar nuestro propio camino.

* * *

Me llega una carta del señor Gobernador del Departamento del Atlántico, Doctor Gustavo A. Bell Lemus, que dice:

"Con ocasión de la inauguración del Parque Infantil en Isabel López, tuve la feliz oportunidad de conocer las instalaciones del Colegio de Secundaria de ese corregimiento que administra la Universidad Simón Bolívar. Quiero manifestarle que quedé gratamente impresionado por esa maravillosa obra que ratifica una vez más su visión de educador y de promotor de la cultura. Estoy seguro que si el Departamento del Atlántico contará con más hombres de su formación, hace años que la educación hubiera jalonado más rápido el progreso del Atlántico.

"Cómo quiera que usted ha erigido a la educación como un valor en Isabel López, mucho me gustaría explorar conjuntamente la posibilidad de que la Gobernación pueda entrar a apoyar más directamente las labores del Colegio".

No puedo negar que los generosos reconocimientos del primer mandatario del Departamento (Estado o Provincia, como llaman en otros países), estimulan a los directivos de la Universidad Simón Bolívar. También en otras poblaciones y barrios de Barranquilla, la Universidad está presente con museos, bibliotecas y escuelas. En estos casos lo que importa es

servir sin pensar en reconocimientos. Pero si la complacencia es espontánea y sincera, el ánimo se facilita paraseguir adelante. Como en este caso, cuando procede de un gobernante que es, además, hombre de letras y académico. Claro, hay que estar preparado para recibir las distintas reacciones del ser humano. Ahora, por ejemplo, me vienen a la memoria dos anécdotas: En la casa de la calle Obando, donde viví con mis padres y hermanos en los años de los estudios secundarios, la Universidad Simón Bolívar instaló, para servicio del barrio, una biblioteca. Una tarde que la visitaba pasó una mujer, y nunca supe por qué motivo, me dijo: -"Llévese sus libros. Aquí no los necesitamos". En otra ocasión estaba por los lados de la Alcaldía de Puerto Colombia en busca de la profesora Darcy Gallardo. Un señor me informó que se encontraba en la sede de la biblioteca. Al llegar allí, y mientras conversaba con la profesora, miré los estantes y todo aquello me pareció conocido. Entonces pregunté por el origen de los libros. Y la doctora Gallardo, con la sonrisa que siempre la acompaña, me respondió: -"¿Pero no recuerda que esta es la biblioteca (vitrinas y libros) que usted obsequió hace dos lustros?"

* * *

Ahora pongo mi empeño en la dotación de la biblioteca pública en Juan de Acosta que lleva-

rá el nombre de la matrona Elena Antonia Molina de Higgins.

El día del entierro de la tía Elena hablé en el cementerio y le propuse a los deudos y herederos que permitieran la instalación de una biblioteca en la que fue residencia de la familia Higgins Molina, con el patrocinio de la Universidad.

La bella casa situada en toda la plaza conserva su personalidad. Construida a comienzos del Siglo, con techo de paja y paredes de mampostería, simboliza un estilo de vivienda ancestral. Yo habité en ella en mi primera juventud. Allá iba a pasar vacaciones y a disfrutar de los alrededores del pueblo, con arroyos bordeados de árboles gigantescos. En las tardes el tío Carlos me prestaba el caballo Moro, hermoso ejemplar blancuzco que rivalizaba con el de color azabache de don Gilbeto Arteta. Con sus hijos Tomás, Gilberto y Juan B., compañeros de estudios de bachillerato y ahora destacados profesionales, recorría las calles en las tardes haciendo alarde de jinete, aunque en verdad en Isabel López apenas alcancé a montar en burros.

El entierro de la tía Elena fue un acto majestuoso. De esos que reconfortan porque permiten valorar los sentimientos fraternos de la comunidad. Más de mil personas, como quien dice, todos los adultos del municipio, estaban

UNIVERSIDAD SIMON BOLIVAR
BIBLIOTECA
BARRANQUILLA

allí tributando un homenaje de gratitud a la paisana que siempre permaneció atenta en la búsqueda de solución de los problemas del pueblo. Un desfile, después de la misa en la Iglesia Parroquial, presidido por San Isidro, el féretro de la difunta y la banda de música, recorrió las calles principales. En la puerta del cementerio los poetas recitaron sus versos, los compositores cantaron sus canciones y los oradores hablaron, todo esto en homenaje de doña Elena.

* * *

Hablar de Isabel López, la calle Obando o Juan de Acosta, revive los recuerdos gratos de la infancia y juventud. Nunca olvido a mis amigos de entonces. Unos se han ido ya, otros siguen la actividad creadora. Hace poco supe de la muerte de José Benavides, el compañero de travesuras en el Colegio San José y después médico prestigioso. Una vez lo encontré en la calle y me dijo en su manera graciosa de expresarse: -"Oye, *cacha,* cómo te parece la cipote *sorpresita del tiempo.* ¿Cuándo iba a imaginar en nuestra alegre pubertad de los años 40, que tu hijo José Eusebio iba a ser mi jefe en el Hospital Pediátrico, primero, y después, en los Seguros Sociales? Y, lo simpático del asunto es que he estado muy complacido".

* * *

Mayo terminó. Hoy se inicia junio, el mes de luna grande y brillante. Juaruquito se sienta a mi lado. Me dice que no fue a la escuela porque sus maestros están en huelga. El no sabe explicar qué es eso, pero le saca provecho con sus amiguitos de juegos. En mis tiempos no se daban esas interrupciones. Por eso, de vez en cuando, me *echaba la leva* para gozar de las frescuras de las aguas en el arroyo. Sin darme cuenta, regreso a la niñez, y en verdad disfruto. ¿Acaso ya no se dijo que recordar es vivir?

Nombres mencionados

A

Abisambra Hernando
Acosta Polo Benigno
Acuña Euclides
Aguirre Manuel Agustín
Aguilar Alonso
Aguilar de González Ledis
Ahumada Eduardo Santos
Alameda Raúl
Alvarez Orión
Alvarez Teresita de
Alvear Oscar
Alvear Jairo
Allende Salvador
Amador Ignacio
Amaya Villamil Guillermo
Angel Hugo
Ander-Egg Ezequiel
Arenas Rodríguez Mario
Arango Juan Carlos
Artel Jorge
Arteta Gilberto
Arteta Tomás
Arteta Juan B.
Ariza de Consuegra Carolina
Arguedas José María
Arraut Esquivel Luis H.
Arriaga Andrade Adán
Arrázola Roberto
Avila Guzmán Abel
Avellaneda Justo

B

Bassol Batalla Angel
Barceló Víctor Manuel
Báez René
Baquero Rafael
Bayuelo S. Porfirio
Barceló Bolívar Elvira
Bell Lemus Gustavo A.
Benavides Jorge
Bermúdez Argemiro
Betancur Belisario
Berdugo Hernán
Benavides José
Bello Andrés
Beveridge Lord
Billón Federico
Blanco Ricardo

Blanco de Blanco Núñez Petra
Bolívar Simón
Bolaño M. Rafael
Bolaño José Angel
Borrero Rosario
Bolívar de Consuegra Ana
Bolívar B. Jorge
Bolívar R. Eugenio
Briceño Pedrozo Mario
Bracho Nerva
Brand Salvador Osvaldo
Burgos Ojeda Roberto

C

Carbonell Eduardo
Carbonell Roberto
Cardozo Onelio Jorge
Cárdenas Cuauhtemoc
Carmona Fernando
Calderón Mosquera Carlos
Carrizosa Umaña Julio
Castro Socarrás Alvaro
Calvo Omar
Castro Hernández Ramón
Carbonell Salas Mario
Castillo Martín (Hitler)
Cárdenas Gutiérrez Jorge
Cepeda y Roca Fernando
Cisneros Francisco José
Clavijo Pedro
Consuegra Pedro Pastor
Consuegra C. José
Consuegra Barros Ignacio
Consuegra Higgins Eusebio
Consuegra Tomás Mariano
Consuegra Barros Rafael
Consuegra Bolívar José Eusebio
Consuegra Bolívar Ignacio Salomón
Consuegra de Bayuelo Anita
Consuegra Machado José Rafael
Consuegra Machado Arlencita
Consuegra Ariza Ignacio José
Consuegra Ariza Hermes Emilio
Córdoba Armando
Contreras Salvador
Cofiño Manuel
Colina Juan Antonio
Córdoba Diego Luis
Cuello Claudia

CH

Chandra Romesch
Char Fuad
Child Jorge
Chiriquez Edwin José
Chiape de Mariátegui Ana

D

De Castro Josué
De Greiff León
De la Espriella Arango Alvaro
De la Plaza Salvador
De la Rosa Amira

De la Rosa Amado (Juaruquito)
De las Salas Gonzalo
De los Ríos Donisio
De Márquez José Ignacio
De Matienzo Juan
De Soto Hernando
De Soto Francisco
Del Carril Delia (La Hormiguita)
Del Castillo y Rada José María
Delmar Meira
Dinney Rafael
Dikó Nicolás
Donado Comas Dilio
Dzassokhod Alexander

E

Echandía Climaco
Echeverría Olózoga Hernán
Echeverri Herrera Carlos
Escalante Aquiles
Escobar Gaviria Pablo
Escorcia Francisco Morazán
Esmeral Carlos Eduardo
Esper Roberto
Espinosa Valderrama Abdón
Espinoza Uriarte Humberto
Esquivel Jorge

F

Fadul Miguel
Fals Borda Orlando
Fernández Díaz Rafael
Fernández Renowisky Juan B.
Figueroa Ruiz Manuel
Flores Julio
Franco Holguín Jorge
Frank André Gunder
Freyre Felipe
Furtado Celso

G

Gaddini Darcy de
Gaddini Sante
Gaitán Jorge Eliécer
Galán Luis Carlos
Gallardo Darcy
García Antonio
García Bianor
García Hurtado Jorge
Gardel Carlos
Gaviria Trujillo Cesar
Gerlein Echeverría Roberto
Giraldo Alberto
Godoy Alvaro
González Casanova Pablo
González Eparquio
González Luz Colombia de
Gómez Jaramillo Arturo
Gómez Alejandro
Gorvachob Mijail
Greco Jorge Julio
Guete Carlos
Guete Ismael
Guillén Nicolás
Gutiérrez Arsenio
Gutiérrez de la Hoz Luis
Gutiérrez Hinojosa Tomás

H

Hamilton Alexander
Hawki Freda
Hassam El Bark Ahmed
Hernánez Rodríguez Guillermo
Hernández Diego
Herrera Benjamín
Higgins Carlos
Higgins Elena
Higgins Carmen
Higgins Emilia
Higgins María
Higgins de Calvo Martha
Higgins B. Silvestre
Hinestrosa Fernando
Hitler Adolff
Hommes Rudolf

I

Illera Fernández Jorge
Iragorri Benjamín
Iragorri Hormaza Aurelio

J

Jaramillo Arbeláez Delio
Jiménez Andrés Avelino
Johnson Dale
Jruschov Nikita

K

Kaplan Marcos
Kissinger Henry
Kossarev Eugen

L

Lairet Germán
Lara Auque Javier
Lara Bonilla Rodrigo
Lemaitre Daniel
Lemos Guzmán Antonio José
León Diego
Lestard Gastón
Lipchutz Alejandro
Litst Federico
López Escauriaza Domingo
López Luis Carlos
Lorry Edward
Lossa Héctor
Losada Aldana Ramón
Loua Fasson
Lukin Vladimir
Luna Bustamante Max Getulio
Lyra Filho Joao

LL

Llanos Carlos
Llanos De la Hoz Silvio
Lleras Camargo Alberto
Lleras Restrepo Carlos
Llinás Celeste de
Llinás Juan Pablo
Llinás Toledo Fernando

M

Machado de Consuegra Arlen
Maciá Moscote José

Madrid Malo Néstor
Mac Arthur Douglas
Malavé Mata Héctor
Malthus Roberth
Manzano Mayito de
Marel Jorge
Marcha Valdemar
Marriaga Lorenza
Martí José
Martín Leyes Carlos
Martín Leyes Pedro
Maquiavelo Nicolás
Marthe Zapata Leonello
Marthe Zapata Manuel
Mariátegui José
Martínez Escamilla Ramón
Matos Pablo
Márquez Pompeyo
Mauro Marini Ruy
Maza Zavala D.F.
Mejía Marcio
Méndez Jorge
Mendoza Uriel
Meléndez Mariela de
Meléndez Mosquera Luis
McCone John
Mieres Francisco
Mikoyan Anasta
Mikoyan Sergio
Molano Campuzano Joaquín
Molina Gerardo
Molinares Ramón
Molina Benjamín (Churri)
Molina Justiniano
Morales Benítez Otto
Moreno Alba Miguel
Moreno Colmenares José
Muñoz Héctor
Muvdi Elías

N

Negro Juan
Neruda Pablo
Nichols y Congote Hugo
Nixon Richard
Nogueira de P. L.
Normeno I. F.
Núñez Rafael

O

Obeso Candelario
Ortegón Páez Rafael
Osorio Alfonso Eloy
Osorio Paz Saúl
Ots Capdegui J. M.

P

Palacio Guillermina de
Palacio Marco
Palés Matos Luis
Palencia Caratt Luis Felipe
Parra Ligia de
Parra Gastón
Parra-Peña Isidro
Parraga Villamarín Eloy
Pardo Parra Enrique
Pareja Carlos H. (Simón Latino)
Pérez Hermes Darío
Pérez Luis Carlos
Pérez Vives Alvaro
Pérlo Víctor

Péllock John
Plazas Olarte Humberto
Petkoff Teodoro
Pinto Aníbal
Pistolese Francisco
Poblete Olga
Polo Nancy
Popescu Oreste
Posada Jaime
Prebisch Raúl
Pumpiaski Alexander

Q

Quijano Carlos
Quijano Caballero Jaime

R

Raad Gustavo
Rama Carlos M.
Ramírez Jesús Emilio
Ramírez Manuel
Renán Barco Víctor
Redondo Juan
Restrepo Botero Hernando
Reyes Luis
Reinaga César Augusto
Ricardo David
Rico Florentino
Rincón Hernán
Robayo José Luis
Rodó José Enrique
Rodríguez Antonio
Rodríguez Figueroa Fernando
Rodríguez Figueroa Guillermo
Roncallo Jesús
Roel Virgilio
Rodríguez Carlos Rafael
Román Soledad
Rojas Pinilla Gustavo
Rovetta Vicente
Rubio Jesús (Chucho)
Ruiz Vélez Alberto

S

Saa Velasco Ernesto
Sabogal Tamayo Julián
Saltarín Joaquín
Salazar Eduardo
Sami Mohamed
Samuelson Paul
Samper Darío
Samper Ernesto
Samper Pizano Daniel
Sánchez Juliao David
Sánchez Jorge
Sánchez Juan José
Sarmiento Palacio Eduardo
Sarta Benjamín
Seers Dudley
Segura Santiago
Serge Gumersindo
Serpa Horacio
Serrano Camargo Rafael
Serruto Flórez Jaime
Sharif Asiz
Sharma Charles
Silva Colmenares Julio
Silva Herzog Jesús
Silva Michelena José Joaquín
Sierra Alvaro

Smith Adam
Stevenson Collante José
Stavenhagen Rodolfo
Stuart Mill John
Subercassaux Gillermo
Sweezy Jane

T

Takashe Yoshikatsu
Tía Pacha (Francisca Higgins)
Tito Joseph
Torres Díaz Jorge
Trujillo Ruderico
Turbay Ayala Julio César
Turbay Quintero Julio César

U

Ujueta Cristian
Uporov Iván
Uribe Vargas Diego
Utria Rubén Darío

V

Valdés Cassiani Ana
Valencia Alvaro Pío
Valencia Luis Emiro
Valencia Navia Efraín
Valencia Zea Arturo
Valencia Guillermo León
Vanegas Eduardo
Vargas Jaime
Vásquez Carrizosa Alfredo
Vásquez Varini Felipe
Vargas Alcides
Vargas Eugenio
Varela Alfredo
Vengoechea Julio
Villegas Jorge
Vivo Luis
Volski Victor
Volpe de Llinás Celeste
Vuscovich Pedro

W

Washington George
Watnik José
Wilches Sigifredo
Wiesner Eduardo

Y

Yeltsin Boris

Z

Zapata Olivella Juan
Zapata Olivella Manuel
Zúñiga Gonzalo

Este Libro debe ser devuelto a más tardar, en la fecha de vencimiento indicada a continuación

BIBLIOTECA